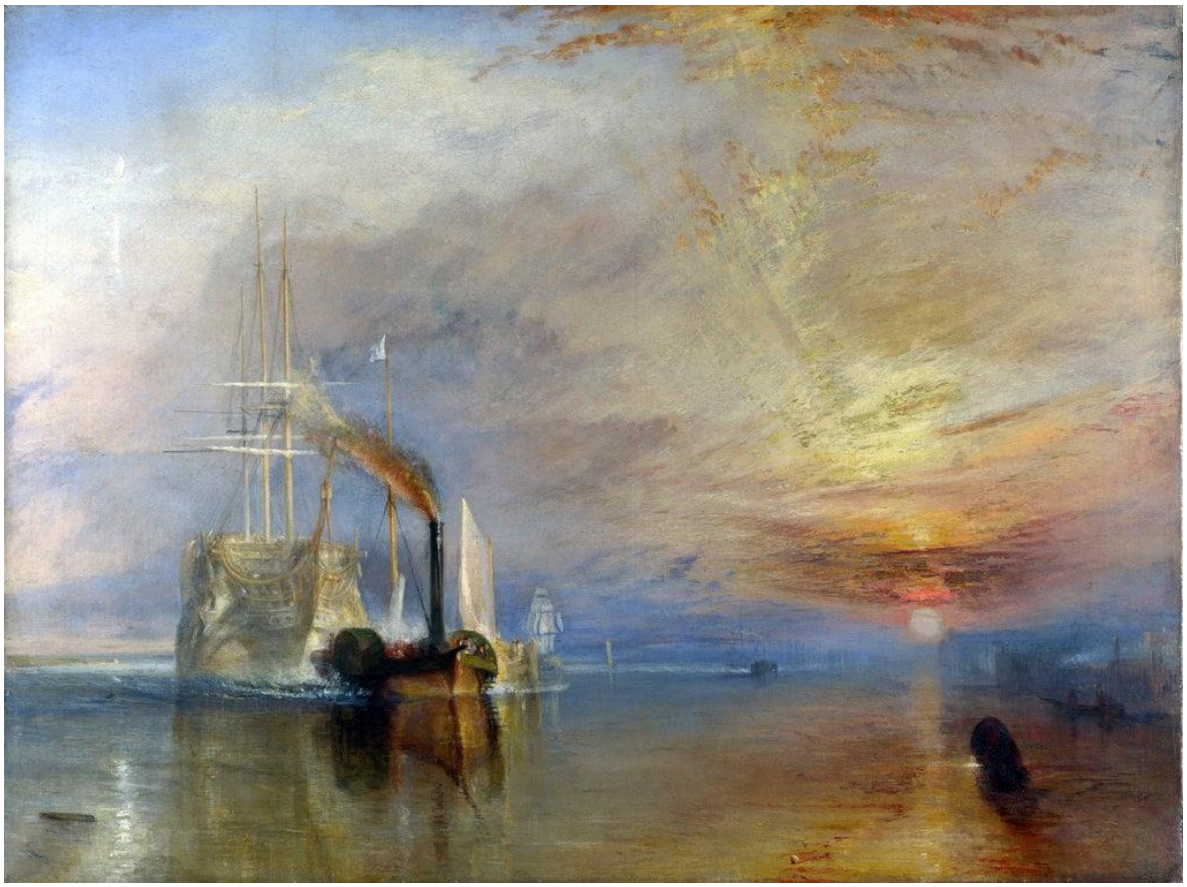
Gianfranco Vittorio Strazzanti

Los límites del océano occidental



Gianfranco Vittorio Strazzanti

Los límites del océano occidental

- 2025 -

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida o transmitida de ninguna forma
sin el permiso previo del titular de los derechos.

Propiedad literaria reservada

de conformidad con la Ley n.º 633/1941, art. 1-5; Decreto Legislativo n.º 177/2021.

Todos los derechos reservados

© Gianfranco Vittorio Strazzanti, 2025

Las Editoriales o Revistas interesadas en publicar la obra completa o partes de ella pueden contactar con el autor:
gianfrancostrazzanti@gmail.com
0039/3382558335
0039/349651011

Imagen de portada:

William Turner, *Temerario siendo remolcado a su último fondeadero para ser desmantelado*, 1839.

ÍNDICE

Prólogo	7
I. El mapeo del Extremo Occidente	13
II. El navegador apocalíptico	19
III. *La Nueva Atlántida*	35
IV. Geografía medieval y proyección de Mercator	43
V. El origen edénico del lenguaje en Dante	61
VI. Greenwich	69
Epílogo	84
Notas	89

Quien dispensa la verdadera vida
es el Único que puede infundir gracia en las palabras,
escritas o habladas.

Nada es mérito nuestro, esto es cierto;
mientras tanto, hay que seguir
a la espera de mayor certeza y,
en el fondo de todo dolor y tristeza,
de la auténtica liberación.

PRÓLOGO*

La ominosa definición de Mar Tenebroso *el Atlántico ya se la había ganado a finales de la Edad Media, cuando, más allá de sus oleajes, marineros y cartógrafos no veían perfiles bien definidos, sino nieblas dispersas y oscuridades aún más impenetrables.*

Sin embargo, no todos se mantuvieron lejos del Mare Tenebrarum*, porque, como desde siempre se sabe, lo que da miedo también atrae. De hecho, no faltaron aventureros y hasta temerarios que arrojaron sus tambaleantes navíos hacia los horizontes impredecibles de poniente.*

En el Libro de Roger (Kitāb Rujār, en árabe)*, obra del geógrafo magrebí al-Idrisi, desde luego se habla del Atlántico como de* un océano de nieblas*, que* nadie conoce bien*, porque es* difícil cruzarlo*. En esa misma obra, se puede leer la misteriosa y significativa historia de unos navegantes que, habiendo zarpado de Lisboa* (Ashbûna*, en el árabe original*)*, desafiaron el océano occidental porque* querían saber qué contenía y dónde terminaba.

A tales audaces y visionarios navegantes, en el Libro de Idrisi se les llama Mughrarin*, es decir* los aventureros *o, según otras traducciones,* los viajeros.

Inicialmente, según cuenta el propio Idrisi, los Mughrarin *desembarcaron en* una isla habitada solo por ovejas *y ahí tuvieron que matar a algunas de ellas para comer; pero* su carne era tan amarga *que resultó ser incomestible. Tras reanudar la navegación, y después de doce días por la alta mar, llegaron a avistar otra isla que, ya desde lejos, parecía habitada y cultivada. De hecho, cuando llegaron cerca de sus costas, fueron rodeados por varios botes y hechos prisioneros. Así que de pronto fueron llevados* a un pueblo a la orilla del mar, *donde vieron a hombres de pelo liso, es decir* no encrespados*, y* mujeres de rara belleza *que, como los*

hombres, estaban también rojas y bronceadas *(*de couleur rousse et basanée*, como dice la traducción francesa más conocida)*.

No se sabe si Idrisi tuvo la intención de contar un primer contacto entre musulmanes y pueblos amerindios o caribeños.

Esta es una posibilidad.

Desde su corte, en Palermo, Roger II había patrocinado el propio libro-atlas que aún hoy lleva su nombre.

Pero ¿Alrededor de 1140, qué efecto pudo tener una noticia como aquella de los Mughrarin *sobre el rey síciulo-normando y su gente?*

Quizá ninguno en particular; a lo sumo, algo como un tenue asombro.

Hombre de muchas vidas y muchos renacimientos, casado tres veces y con mujeres de muy diferentes caracteres y orígenes, Roger II *estaba bien acostumbrado a concebir el mundo como una vasta costa de la que también podían surgir ¿por qué no? tierras y pueblos de los que nunca se había oído hablar.*

Idrisi, a su vez, nació y creció en Ceuta, en el Magreb al-Aqṣā, *es decir el Lejano Oeste islámico, una región en las que los intentos de cruzar el Atlántico no tenían que ser algo raro, y de muchos de esos intentos no se ha ni guardado ni renovado la memoria quizá solo porque en aquella época tierra y mar se concebían de forma muy diferente a la actual. Después de todo, nunca se debe olvidar el impacto que el* absolutismo materialista *ha tenido en la época presente.*

De todas formas, desde la historia de la navegación medieval, como esos pecios que a veces el mar deposita en orillas inalcanzables o remotas, algo nos ha llegado. Imágenes e historias fragmentarias, con coordenadas muy poco precisas y con protagonistas de los más variados orígenes.

En el vaivén de mercaderes y buscadores de verdades celestiales que fue el Mediterráneo de la Plena Edad Media, la presencia de Idrisi en la corte siciliana de los Altavilla no tiene nada ocasional o exótico.

Algunos testimonios hasta dicen que el propio Abū Abd Allāh Muhammad al-Idrīsī nació en Sicilia.

La presencia de árabes a principios del siglo XII era muy fuerte en la isla y, en cualquier caso, Roger II ya había entrado en contacto con el clan gobernante del Magreb occidental, es decir aquella dinastía Hammudí con la que el propio Idrisi estaba relacionado por parentesco. Alrededor de 1114, de hecho, una banda de piratas sarracenos había secuestrado a un grupo de monjes de Montecasino y el rey normando había hecho todo lo posible para encontrar un acuerdo con el emir ḥammūdida al-Azīz y así lograr la liberación de los religiosos.

****

Si en Occidente la obra de Idrisi se conoce por el título del Libro de Roger*, y el atlas adjunto como* la Tabula Rogeriana*, el título completo de la obra, en el árabe original, es* Nuzhat al-mushtāq fī iktirāq al-āfāq.

Este título, ordenado a Idrisi por el propio Roger, se puede traducir de varias maneras a los idiomas latinos, como ha pasado por ejemplo con las ediciones italianas, donde encontramos el Diletto di chi è appassionato per le peregrinazioni a traverso il mondo (Deleite de aquellos que se apasionan por vagar por el mundo) *o* Svaghi dell'uomo desideroso di conoscere a fondo le diverse contrade del mondo (Ocios del hombre que desea de conocer los distintos distritos del mundo).

Aunque, como la edición más conocida en castellano de la obra de Idrisi fue la traducida por José Conde que, siendo limitada a la península ibérica, tuvo el titilo de Las descripciones de Al-Idrisi *(1799).*

Pero hay también que tomar en consideración la traducción más extendida en el mundo anglosajón, porque ella debería hacernos sospechar de la efectividad de las demás versiones. De hecho, esa traducción nos habla de una Excursion of the one who yearns to penetrate the horizons, *es decir* Excursión del que anhela penetrar en los horizontes.

Ciertamente no es fácil encontrar las palabras adecuadas para traducir un título tan evocador y en un idioma tan lejanos de los idiomas europeo como el árabe; pero una traducción tiene una gran influencia en la transmisión de los significados más profundos de un texto; y hay que admitir que una cosa es vagar por el mundo*, otra muy distinta es* perforar sus horizontes.

El libro-atlas de Idrisi también pretende hablar no solo de las tierras conocidas por los habitantes del área mediterránea, sino también de las envueltas en las brumas del Oceanus occidentalis*, como en el caso de las exploraciones de los* Mughrarin.

****

Océano *o* Mar Tenebrosum *y, ya en la época de Cristóbal Colón,* Mar Océana *parecen de los más comunes entre aquellos que se refieren al Atlántico a finales de la Edad Media. El primero parece tener su origen en el mundo islámico, en el que la expresión* Bahr az-Zulamat*, o sea* Mar de las Tinieblas, *era la más común cuando se hablaba del Atlántico.*

Esta sombría definición, la intimidación que siempre se ha asociado a la oscuridad, ciertamente no puede carecer de su precisa función simbólica; también porque, para la mentalidad medieval, más o menos cualquier cosa podía tener una.

De hecho, es posible que precisamente en ese océano oscuro y poco conocido, las marcadas sensibilidades de la Edad Media presagiaran algo fatal, un destino letal que se cernía sobre sus comunidades y su espiritualidad; y que precisamente esto pretendían expresar, incluso exorcizar, reservándole definiciones nebulosas y que tiendan hacia lo nocturno y lo impredecible.

Estas definiciones les fueron sugeridas no solo por las paredes de agua azul grisácea envueltas en nieblas perennes, sino también por el espectro que las envolvía, por lo que ellas emanaban*. Porque el* Mar de las Tinieblas *no era solo un océano físico, oscurecido por la luz del sol de poniente, poblado por extrañas*

criaturas en los códigos y proyecciones cartográficas; sino también un lugar conceptual y mental: un abismo del alma, envuelto en la apariencia de una cortina frente a una vastedad liquida y amenazante.

Idrisi no excluye la posibilidad de que haya alguna extremidad física más allá del océano, aunque a lo largo del Libro de Roger*, cualquier frontera parece destinada a enmarañarse en algún horizonte cambiante, visto que – pronto lo veremos – al final de este mar,* nunca se ve el día.

****

El Océano Oscuro *hacia el que se embarca este libro no se reduce a la inmensa cuenca delimitada por las costas continentales de América, África y Europa, sino que también se extiende a lo largo de la amplia costa del pensamiento; una costa volcada hacia la comprensión de lo existente, y atraída por la posibilidad de superar los perfiles ya mapeados, las circunstancias ya previstas.*

Entre los que ya han explorado tales costas hay navegantes, pensadores, científicos, investigadores; a veces atormentados, otras rechazados *por el* Mar Oscuro.

Un Mar *que, además del continuo despertar de olas multiformes, también ha sabido ofrecer islas benditas y calmas sonrientes, al menos a quienes, a las agotadoras travesías, han opuesto la tenacidad necesaria.*

Los mapas isógonos de hoy, tan caros a la era del cálculo y de la manipulación, han establecido mares definitivos, sin polos y desembarcos inmateriales. Por esta razón, muchos se han engañado a sí mismos al pensar que pueden encontrar, quizá en las proyecciones cilíndricas, un océano exacto, conquistado de una vez por todas en las únicas proporciones consideradas válidas.

Sin embargo, toda proyección geográfica no muestra más que las prioridades de la época en la que se desarrolla: la mentalidad hoy vigente y dominante ha logrado domesticar el espacio, lo ha sometido para el uso y el consumo de los

colonizadores y los comerciantes, que no por casualidad han llegado a ser los señores de los mapas.

Fuera de la comodidad de las cuadrículas, sin embargo, las excursiones y travesías se vuelven más arriesgadas, las rutas carecen de destinos predeterminados y las intuiciones más prontas son llamadas a avistar, entre costas olvidadas, los desembarcos ofrecidos por la geografía del símbolo.

El mapeo del Extremo Occidente

Una de las libertades otorgadas al ser humano es la de construir un mundo estable: una geografía intocable.

Él acogió a esta libertad como una garantía, pero sin ninguna gratitud.

En su nuevo mundo, tan frío e indiscutible, se dedicó sobre todo a la producción y al beneficio; previsor y consciente, como un topo en busca de raíces tóxicas.

Esta sed de ganancias desproporcionadas, ahora injertada en el hombre como una especie de órgano suplementario, necesitaba y exigía sobre todo mapas definitivos, planisferios inmutables.

Esto es precisamente lo que se ha consolidado desde el *descubrimiento* de América.

Desde el mismo momento en que vio asomarse la costa del Lejano Oeste y aterrizó en la blancura soñadora de las playas caribeñas, el hombre comenzó a escudriñar cada costa y fondo marino, en busca de un determinado perfil, de un mapa dado de una vez por todas, como inmutable; y todo ello con la pretensión de poder abarcar el globo entero con una sola mirada, para enredarse y finalmente enterrarse en esa proyección de los continentes que pronto tomaría el nombre de *planisferio*.

Para los antiguos, y todavía en la Edad Media, atribuir contornos y fisonomías fijas a las tierras rodeadas de agua podía, a lo sumo, representar una necesidad práctica.

La cartografía tenía su lugar entre las ciencias, pero no era un lugar de honor.

Era solo cuestión de fijar las formas de las tierras en hojas de pergamino, aun sabiendo que estaban rodeados por mares y océanos, islas que aparecían y desaparecían, abrumadas por el reflujo de las mareas, de hielos mezclados con

barro negruzco que se dispersaban y recomponían; de esqueletos de peces que, debido a los sedimentos, levantaban delicados corales.

Ramón Llull ya había adivinado muy bien que frente a las costas europeas y africanas había *otras* costas continentales y lo adivinó a mediados del siglo XIII, argumentando que el de las mareas atlánticas no habría sido un fenómeno posible sin la existencia de *dos extremos opuestos*.

En realidad, la concepción del mallorquín se negaba a ver las cosas en un plano exclusivamente horizontal, ya que todo tenía que encontrar una explicación en el equilibrio universal; y esto porque «el Sol es dispersivo y la Luna es agregativa, al mismo tiempo que el Sol sigue la naturaleza del Fuego, mientras que la Luna sigue la naturaleza del agua».[1]

Agregar, aggrego, significa sobre todo *incluir*, en el sentido de reconciliar opuestos o cosas entre sí distintas. Es decir: reconocer aquel centro que con medida oscila de un extremo al otro.

De hecho, Llull reconoce, en el flujo y reflujo de las aguas oceánicas, el resultado de dos fuerzas opuestas: una que las induce a permanecer en el mismo espacio cóncavo destinado a ellas («aqua maris facit arcum») y otra que, por otro lado, las induce a la expansión, sin nunca sumergir las tierras emergidas[2].

Después de todo: ¿por qué dar un estatus especial a la tierra que se levanta al otro lado del Atlántico? ¿A esas tierras que, como siempre nos han dicho, fueron *descubiertas* un 12 de octubre de finales de siglo XV?

¿Quizá Tierra, Mar, Cielo, Sol y Luna no dependen también de los mismos principios universales?

La Tierra, el Mar, el Cielo, el Sol, la Luna no tienen vida propia; no pueden sobrevivir desconectados de sus principios, de su naturaleza: «Sol est dispersus, Luna est aggregativa, Sol sequatur naturam Igniis, Luna naturam Aque».

No por una casualidad, se solía representar esas mismas tierras, mares, etc. con hexagramas y trigramas de líneas horizontales, en el taoísmo chino; o dividirlas y

ponerlas dentro de distintas esferas concéntricas, tal como pasaba en la geografía e iconografía europea medieval y del hermetismo renacentista[3].

Pero los europeos modernos, con su morbosa devoción por las apariencias, acabaron por convertirlas en sustancias y espacios medibles, anclados a relojes de arena, hasta el punto de verter la perspectiva lineal sobre todo el universo, en el delirio, ahora completo, de un espacio que se puede cruzar en años luz.

Como si la luz, en sus radiaciones, cubriera distancias tal como los hombres las perciben…

«Sola y sin vida estaba la naturaleza. Atada con cadena de hierro por el árido número y la exacta medida», como bien dice Novalis en sus *Himnos a la noche*[4].

****

Por estas y muchas otras razones, el descubrimiento de América tiene todo el aire de una tapadera.

Ya sea que esta cobertura fue planeada por alguien o que toda la historia de Colón simplemente *ocurrió*, como cualquier otro acontecimiento, al final no hace mucha diferencia.

Antes del navegante de las tres carabelas, viajar por mar significaba viajar por diferentes concepciones del mundo. No había lugares *neutrales*. Todo se consideraba más o menos distante de su modelo primordial, de su principio. Cualquiera que haya leído y entendido el primer terceto del *Paraíso* de Dante puede estar seguro de esto:

> «La gloria de quien todo lo mueve
> por el universo penetra, y resplandece
> en una parte más y menos en otras».

En la Edad Media, de hecho, no había nada parecido a un espacio-tiempo neutro y constante y, por ende, las tierras resultaban en muchos caso sagradas o malditas, consagradas o desconsagradas.

El Almirante Colón, fiel a la Iglesia católica y a la Corona de España, impulsado por mástiles y velas de numerología triádica, zarpó en cambio hacia una tierra *incierta*, unas *genéricas* Indias, aún que con el objetivo de consagrarla por impartirle la bendición de la fe que había aprendido de las Sagradas Escrituras[5].

Esto suena tranquilizador. Parece explicarlo todo.

Pero en realidad, pocas cosas son menos tranquilizadoras que la siniestra epopeya de las tres carabelas.

Ella comenzó la dominación de Occidente sobre el mundo: un acontecimiento tan terrible y nefasto, que ya solo por eso no puede llegar a ofrecer mucho consuelo.

****

Colón cruzó un abismo no solo espacial y náutico.

De hecho, su viaje lo llevó desde el mundo antiguo, con sus concepciones orientadas a la trascendencia, a esa inversión de cada valor y cada justicia auténtica que marca indeleblemente la modernidad dominada por el Lejano Oeste: el mismo lugar donde la evolución técnica y la falsificación de la espiritualidad han marchado de la mano hasta nuestros días.

Esta evolución y esta falsificación – esto rara vez se menciona – impactaron, en un sentido proyectivo, precisamente y sobre todo dos disciplinas: la geografía y la cartografía.

Desde 1492, el planeta tierra ha tomado cada vez más las formas y connotaciones de una red 'para el uso y el consumo de los marineros', en busca de tierras y materiales codiciados. Es decir, se ha transformado en un modelo, en una proyección geométrica.

Todo centro sagrado, cada destino de cada peregrinación, cada epicentro de todo enigma trascendente ha sido gradualmente desterrado, hasta que ha quedado marcado por la infamia implacable que la modernidad ha infligido a toda

superstición. En la sabiduría medieval, uno ha terminado viendo y escuchando solo la prolongada declamación de un charlatán codicioso, de un crédulo embaucador.

Desde entonces, el mundo ha sido cada vez más atrapado, domesticado, acomodado a las rutas de marineros y comerciantes.

Tierras y aguas han sido proyectadas, de manera cada vez más meticulosa, en un plano común e incontestable; la única proyección posible, privada de esa irradiación etérea que, como toda irradiación, es implícita y potencial en la forma misma de la esfera, y lo es según una ley que permite transformarla en escala y ascenso.

La percepción no solo de la tierra, sino de todo el universo, en el espacio de tres o cuatro siglos, ha llegado así a colapsar en la alucinación de un espacio reducido a proporciones distantes: un campo *neutro* en el que todo se presta al cálculo: «el árido número y la exacta medida», como dice Novalis.

****

En el siglo XVI, se generalizó la conocida proyección cilíndrica de Mercator.

Es la imagen de un mundo que se promete *nuevo* y hasta entonces inaudito. El título en sí es explícito y claro en cuanto a los propósitos del mapa en sí:

Nova et aucta orbis terrae descriptio ad usum navigantium.

No un planisferio de proporciones creíbles, por lo tanto, ni respetuoso de las extensiones *reales* de los continentes, sino una carta enmendada y acomodada *ad usum navigantium*. Es decir, curvas de nivel que, incluso antes de reducir las tierras emergidas a modelos estables, se preocupan por dar coordenadas fijas a los navegantes, puntos de referencia estables, entre las zonas navegables y los destinos de desembarco.

Sin embargo, a primera vista, hay algo en este mapa que debería llevar a los más discernidores a sospechar algo.

Sí, porque en ello, a medida que se avanza hacia los dos polos, los continentes se hinchan inconmensurablemente, mientras que todo lo que se extiende a lo largo

del ecuador aparece como aplastado y encogido. Este es el efecto producido por el cilindro que ha arrancado las proporciones armoniosas que solo una superficie esférica puede preservar y garantizar. Mientras que el cilindro, primero, y el plano, después, imponen sobre toda la proyección esa red de paralelos, y los polos se quedan necesariamente fuera de la representación, destinados a caer en el olvido.

****

Mercator significa *comerciante*.

Gerhard Kremer, el nombre bajo alemán del conocido cartógrafo, en realidad significaba algo similar a *Gerardo el Ropavejero*; pero este nombre, en ese momento, debe haber parecido más adecuado para los ruidosos vecindarios de los muelles que para las estudiosos amanerados de las academias; y por esta razón se latinizó en *Gerardus Mercator*.

En la antigüedad y la Edad Media, la idea de universalizar la visión geográfica de un Ropavejero para el uso de otros comerciantes probablemente habría parecido completamente absurda e imprudente. Como se sabe, en la Edad Media, no solo se conocía la idea de la tierra esférica, sino que esta era la más común y aceptada. Para darse cuenta de esto, es suficiente leer la *Divina Comedia* de Dante Alighieri.

La misma idea está ya declarada en las primeras páginas del *Libro de Roger* de al-Idrisi («La terre est ronde comme une sphère»);[6] y lo señala el propio Ramon Llull cuando dice que «terra facit arcum in suo situ»[7]; sin olvidar la iconografía sagrada, con Cristo bendicente que sujeta el globo con su mano izquierda.

El planisferio de Mercator, con su amplia difusión, no impone por lo tanto una proyección veraz de la tierra, después de siglos de falsedad, sino una imagen *cómoda* de ella; es decir, una imagen adaptable a las necesidades horizontales del hombre *nuevo*, decidido a escapar de una vez por todas de los recuerdos y de las profundidades cartográficas de la época medieval.

El navegador apocalíptico

Cristóbal Colón tiene todo y nada que ver con el proceso de homologación cartográfica del globo terráqueo.

Él apareció como una figura de tránsito, un guardián estacionado a pesar de sí mismo en el umbral entre dos épocas nefastas. En este sentido, hay que distinguir entre sus viajes históricos y sus travesías simbólicas.

Estas últimas se nutrieron de la numerología triádica vinculada a sus barcos, los ritos de consagración de las tierras exploradas, los estrechos contactos con las órdenes monásticas: de hecho, como es sabido, Colón recibió el apoyo constante de las congregaciones franciscanas de Andalucía.

Quizás sea debido a esto que recurrió con frecuencia a expresiones y sugerencias tomadas del lenguaje de Joaquín de Fiore. A esto se volverá en breve con mayor detalle.

En cualquier caso, el llamado *descubrimiento de las Américas*, al menos desde el punto de vista tradicional, implica un cambio de rumbo muy brusco; tanto es así que uno se pregunta hasta dónde *el Almirante de la Mar Océana* pudo falsificar las profecías del Nuevo Testamento para justificar algunos aspectos de sus exploraciones.

El primer cruce colombino fue pensado y organizado como una cruzada o, al menos, como una maniobra *en preparación para* una cruzada. La idea de girar las velas de los cruzados hacia el oeste debió de sonar en ese momento como algo completamente extraño, si no inaudito.

Durante milenios y hasta entonces, Europa había rezado, había construido iglesias, había peregrinado… y, todo esto, hacia Oriente.

Oriens, *naciente,* no era solo un pivote geográfico, sino un concepto, un principio y una realidad hacia la cual buscar el renacimiento y el ascenso y, desde allí, las realidades superiores, habitadas por los espíritus sublimes.

Además, al este, estaba Jerusalén.

Colón ciertamente no había olvidado todo esto. De hecho, pidió abiertamente a sus majestades españolas que las ganancias de su expedición al extranjero se utilizaran para un propósito específico.

Encontramos rastros de ello las palabras de Colón remitidos por Fray Bartolomé de las Casas:

> «protesté á vuestras Altezas que toda la ganancia (testa mi empresa se gastase en la conquista de Jerusalen, y vuestras Altezas se rieron y dijeron que les placía, y que sin esto tenían aquella gana»[8].

Aunque pocas veces se puede saber hasta qué punto los escritos de Colón sean auténticos, podemos por lo menos imaginar que la intención del navegante era la de abrir una nueva ruta para la requisa de recursos destinados a una nueva cruzada o, como se solía decir en la Edad Media, de un *Passagium generale*, visto que ya la *Reconquista* de la Península Ibérica había sido casi completada por los propios Isabel I y Fernando II.

****

La ruta hacia Occidente representa para Colón, que espiritualmente se siente perteneciente al linaje del David bíblico, una misión que le confió la Providencia en la inminencia del fin de los tiempos. Su primer viaje, de Palos a Guanahani, se hizo precisamente en la premonición de un final inminente, de un destino ligado a las advertencias de los Profetas, en un ímpetu que prometía ser, a la vez, letal y salvífico:

> «No soy el primer almirante de mi familia», escribe Colón, «dame el nombre que quieran, porque al final David, el rey más sabio, fue pastor

de ovejas, y después fue hecho rey de Jerusalén; y yo soy el siervo del mismo Señor que lo puso en tal estado»[9].

Así escribe el *Almirante de la Mar Océana*, con la intención de dejar emerger el carácter mesiánico de su misión.

La fría y prolongada manipulación de los datos históricos ha transmitido el recorrido de las tres carabelas como un mero avance técnico-científico. «la ampliación de los límites del imperio humano», el mundo que se descubrió que era mucho más vasto y heterogéneo de lo que se creía hasta entonces; pero la idea de una expansión cognitiva representaba solo un detalle para el propio Colón, y probablemente un detalle sin importancia.

De hecho, en sus diarios, cartas y notas, cada palabra transpira un conocimiento y un propósito que tienen poco que ver con el descubrimiento y el avance científico.

Por esta razón, los cruces de Colón conservan una penumbra tácita de intenciones y arcadas destinadas a permanecer completamente incomprensibles para la investigación de una mentalidad secularizada e irreverente. La avalancha de publicaciones y las impactantes revelaciones sobre un Colón genovés, aragonés, catalán, franco-normando, o criado en quién sabe qué barranco de Europa, no han hecho más que confirmar tanto y la obsesión occidental por los destinos individuales como la indiferencia ante los signos sibilinos, escondidos detrás de las velas de las tres carabelas.

En este sentido, entre las empresas colombinas más enigmáticas e imprudentes, tan a menudo olvidadas, se encuentra sin duda la exploración oceánica en busca del Edén.

Dante Alighieri había localizado la isla del 'bosque divino'[10] en las antípodas de la Jerusalén terrenal. Trasladando esa misma posición con las convenciones geográficas actuales, la isla primordial debería elevarse en algún lugar en medio del Océano Pacífico. Pero las concepciones medievales no pueden superponerse a las contemporáneas: las primeras dependen de hecho de un simbolismo cuyos

propósitos son difíciles de comprender hoy; mientras que la cartografía actual tiene fines prácticos y declaradamente comerciales.

Sin embargo, a principios del siglo XVI, Colón se encontró informando a la reina Isabel de su intención de encontrar la ubicación exacta de la isla edénica[11]. Un lado de la misión columbina que hoy puede parecer completamente abstruso y desprovisto de cualquier sentido y coordinadas, pero que sin embargo representa un rastro indeleble del interés del navegante genovés por lo misterioso y lo sobrenatural. Aspectos que concibió según el mandato religioso y apocalíptico que sentía como propio.

****

Los actos rituales a menudo superan los deseos y expectativas de quienes los realizan y los viajes de Colón están plagados de consagraciones, ciudades renombradas con nombres inspirados en la devoción evangélica, edificios de iglesias dedicados a la Virgen e islas dedicadas al nombre y aura devota de la Casa Real de España.

Es difícil ver en ello alguna actitud científica o racionalista.

La misión de Colón representa un hito simbólico antes que histórico. En vista de la liberación de Jerusalén y de la cristiandad, él da la espalda a la Ciudad Santa y, a través de las olas del Océano occidental, quiere abrir una nueva ruta para alcanzar el este.

¿Cuál mejor acto que este para inaugurar los tiempos de la disolución final?

Los escritos de Cristóbal Colón están salpicados de argumentos bíblicos y religiosos. No en vano, han sido transmitidos por hombres del clero, como el monje cartujo Gaspare Gorricio y, por supuesto, el fraile dominico y obispo de Chiapas Bartolomé de las Casas[12].

El *Almirante de la Mar Océana* se inspiró en las profecías bíblicas para su misión, en particular las recogidas en su obra más meditada: *El Libro de las Profecias*. Realizó sus expediciones con el propósito principal de evangelizar a los

pueblos sometidos; evangelización que concibió como una misión urgente, a completar en la inminencia del apocalíptico fin de los tiempos[13].

Pero, ¿sobre la base de qué interpretaciones bíblicas el propio almirante decidió embarcarse en tal empresa?

Para un oído perspicaz, algunas de sus explicaciones pueden sonar bastante tendenciosas; al igual que las palabras escritas a la Casa Real de España a finales de 1500, después de su arresto en La Española (hoy Haití y República Dominicana):

> «Del nuevo cielo y tierra que decía nuestro Señor por San Juan en el *Apocalipse,* después de dicho por boca de Isaías, me hizo dello mensagero *y* amostró en cuál parte. En todos hobo incredulidad, *y á* la Reina mi Señora dió dello el espíritu de inteligencia *y* esfuerzo grande *y* lo hizo de todo heredera como á cara *y* muy amada hija. La posesión de todo esto fuí yo á tomar en su Real nombre». [14].

La posible yuxtaposición entre exploración y revelación apocalíptica debe haberse convertido en una idea consolidada, en la mente del navegante, solo después de su completa consagración a la misión a las *Indias*[15]. Sin embargo, no se limita a admitir que ha hecho el viaje para cumplir las profecías bíblicas, sino que llega a acercar los cielos de la nueva ruta occidental que ha abierto, y las propias *Indias,* a los 'nuevos cielos y nuevas tierras' del Apocalipsis de San Juan.

Sin embargo, esta yuxtaposición suena bastante forzada, visto que el texto de San Juan dice:

> «Entonces vi un cielo nuevo y una tierra nueva, porque el primer cielo y la primera tierra se han ido, y el mar ya no existe, y la ciudad, esa Santa Jerusalén nueva, vi descender del cielo de Dios, lista como una novia ataviada para su esposo»[16].

La ciudad de la que aquí se habla, como hemos visto, «desciende del cielo».[17]

No es una ciudad terrenal ni un centro comparable a cualquier área habitada o distrito del mundo. Ver en las *Indias* recién descubiertas *nuevos cielos y nuevas tierras*, o una Jerusalén celestial, por lo tanto, raya en la falsificación de las Escrituras; una falsificación que no es en absoluto desinteresada, si es cierto que Colón escribe a la Reina mientras está bajo arresto, por lo tanto, muy probablemente en su defensa.

Aquí, entonces, está la pregunta: ¿Acaso Colón hizo un uso político y a su manera *forense* de las Escrituras?

Responder afirmativamente es decir que el almirante era un impostor.

Solo hay una alternativa a esta posibilidad, y es que Colón en estas correspondencias ha recurrido a un lenguaje que de alguna manera está encriptado.

La retórica del siglo XVI a menudo estaba adornada con motivos religiosos y podía sugerir una explicación mucho más simple que la que acabamos de proponer.

En este sentido, a través de la Jerusalén celestial y sus *novissima*, Colón habría recurrido solo a una metáfora que indicaba, en los dominios conquistados en el oeste, *nuevas tierras y nuevos cielos* conquistados para el cristianismo. Sin embargo, esta es una posibilidad bastante remota. Colón, de hecho, no asoció significados improvisados con su misión. Su conocimiento de las profecías y las diversas teorías sobre el inminente fin de los tiempos conocidas en su tiempo fue, en general, puntual y detallado.[18]

En todo caso, había llegado a la conclusión de que su misión se cumplía por mandato divino, porque «durante este tiempo he visto y estudiado todos los escritos de cosmografía, historia, crónicas, filosofía y otras artes, y Nuestro Señor abrió mi intelecto con una mano palpable [revelándome] que era factible navegar de aquí a las Indias, y encendió en mí la voluntad de la ejecución de esto».[19]

****

Si no exactamente la Jerusalén celestial, en las intenciones y concepciones del navegante, las *Indias* alcanzadas desde Occidente representan una etapa de

acercamiento a ese *cielo nuevo* y *tierra nueva* del profeta Isaías y al Apocalipsis mismo.

En esta dinámica, el almirante se erige como precursor en el camino que conduce al fin de los tiempos; y la reina Isabel como una de las pocas almas elegidas capaces de comprenderlo, porque también ella está dotada de ese *espíritu de inteligencia* tomado de Joaquín de Fiore y necesario para intuir el significado escatológico de los descubrimientos realizados.[20]

Está claro, por lo tanto, que la misión de Colón, la revelación de la existencia de otro continente no representó – para sus propios proponentes y ejecutores – un acontecimiento un simple *descubrimiento*. En cambio, todo ello estaba relacionado con un proceso de aceleración hacia el tiempo apocalíptico, del que Colón y su «sagrada y amada hija» Isabel eran conscientes. Tal proceso, según dice el propio almirante, fue decretado por la acción de la misma providencia sobre el mundo y que «nuestro Señor tiene prisa por realizar».[21]

****

Las oscuridades en el lenguaje de Colón resurgen en otro documento sobre una de sus misiones más peregrinas. Como se mencionó, en el curso de sus exploraciones también fue en busca de la Isla del Edén. Habla de ello en un informe a la Corona de España. El comunicado probablemente se remonta al período de dos años 1500-1501, los mismos años en que regresó a España encadenado, arrestado por el inquisidor Francisco de Bobadilla tras los disturbios que estallaron en la isla Española.

El almirante escribe:

> «La Sacra Escriptura testifica que nuestro Señor hizo al Paraíso terrenal, *y* en él puso el Arbol de la vida, y dél sale una fuente de donde resultan en este mundo cuatro ríos principales: Ganges en India, Tigris y Eufrates con los cuales apartan la sierra *y* hacen la Mesopotamia y van á tener en Persia, y el Nilo que nace en Etiopía *y* va en la mar en Alejandría.

> Y no hallo ni jamás he hallado escriptura ele Latinos ni de Griegos que certificadameute diga el sitio en este mundo del Paraíso terrenal, ni visto eu ningún mapamundo, salvo, situado con autoridad de argumento. Algunos le ponían allí donde son las fuentes del Nilo en Etiopía; mas otros anduvieron todas estas tierras y no hallaron conformidad dello en la temperancia cielo, en la altura hacia el cielo, porque se pudiese comprehender que él era allí, ni que las aguas del diluvio hobiesen llegado allí, las cuales subieron encima, etcétera. Algunos gentiles quisieron decir por argumentos, que él era en las islas Fortunatas que son las Canarias, etc.
>
> San Isidro *y* Beda *y* Strabo, y el Maestro de la historia escolástica, *y* San Ambrosio *y* Scoto, *y* todos los sanos teólogos conciertan quel Paraíso terrenal es en el Oriente, etc.
>
> Ya dije lo que yo hallaba deste hemisferio *y* de la hechura, *y* creo que si yo pasara por debajo de la línea equinocial que en llegando allí en esto que más alto que fallara muy mayor temperancia, y diversidad en las estrellas y en las aguas; no porque yo crea que allí donde es el altura del extremo sea navegable ni agua, ni que se pueda subir allá, porque creo que allí es el Paraíso terrenal, adonde no puede llegar nadie, salvo por voluntad Divina; y creo que esta tierra que agora mandaron descubrir vuestras Altezas sea grandísima *y* haya otras muchas en el Austro de que jamás se hobo noticia».[22]

Los temas tratados en esta carta están ciertamente reservados para unos pocos. Hablando de la búsqueda del Paraíso terrenal, tal vez Colón pretende ahí aludir a un centro espiritual específico, un lugar con características simbólicas, geográficas y astronómicas que permiten a los hombres elevarse por encima de la realidad terrena[23]. En efecto, solo de esta manera la referencia al Árbol de la Vida podría encontrar una explicación[24].

La carta de Colón confirma en todo caso la legitimidad del sentimiento: las expediciones a las Indias tenían otros propósitos que los comúnmente conocidos. El navegante habla de una isla similar al «*pecíolo de una pera*» que «se eleva gradualmente durante muchas millas» y de la que «nadie podría llegar a la cima».

La isla a la que se hace referencia parece ser similar al Purgatorio de Dante, que se encuentra justo en el polo opuesto de la Jerusalén terrestre y, por lo tanto, al menos según la geografía simbólica de la *Comedia*[25], en la misma dirección que las áreas exploradas por Colón.

Finalmente, la *línea equinoccial* de la que habla el navegante genovés parece corresponder a la *eclíptica,* es decir, el plano que cruza el centro de la tierra con el centro del sol. Aunque, alejándose del archipiélago caribeño hacia el oeste, para explorar América Latina, el almirante estaba convencido, como hemos visto arriba, de que por «allí es el Paraíso terrenal, adonde no puede llegar nadie, salvo por voluntad Divina».

****

El impulso dominante en Colón es aquel de navegar hacia el oeste, incluso después de haber superado todas las olas del Atlántico. Su viaje hacia el oeste se ve constantemente a la deriva, hacia las antípodas de Jerusalén. Estas son las mismas antípodas hacia las que Dante camina en su *Comedia*, cruzando el Infierno.

Los intelectuales medievales concibieron un eje que, desde Jerusalén, pasa por los *interiora terrae*, supera toda perdición y desgracia y las entrañas heladas del lago Cocito, donde habita el ángel caído. Continuando más adelante, imaginaron, emergiendo del centro mismo del hemisferio de aguas, la más misteriosa de las islas: el Purgatorio, en cuya cima se encontraba el Edén, el centro inicial de todo ascenso a los cielos espirituales.

En Dante, y de manera más confusa y espontánea en Colón, todo esto adquiere un carácter escatológico, final: toda la historia gira hacia las antípodas de Jerusalén, a la espera de esa *Civitas Sancta Ierúsalem* de la que, aunque con fervor

inconstante, se espera el advenimiento, siendo este el acto definitivo de misericordia de la Providencia. Esta isla, sin embargo, tiene características bastante móviles y cambiantes. Aparece, desaparece, finge formas. Su sustancia es interior. El perfil de una tierra emergida puede sí imitarlo, pero no encarnarla de pleno.

Con sus viajes, el navegante genovés, desde luego, realizó un acto altamente simbólico de los últimos tiempos, los tiempos de la desviación espiritual y de la ruina cósmica.

A diferencia de Dante, que llegó a la isla de las antípodas cruzando las *entrañas terrestres*, el eje que conduce desde Jerusalén hasta el punto más extremo de los mares más desconocidos, Colón eligió el camino del mar: giró sus velas hacia el atardecer, los *Occidens*, la caída, el colapso universal que conduce al fin de los tiempos.

El almirante, sin embargo, hasta donde sabemos, nunca encontró el Edén que estaba buscando, al menos no durante su tránsito terrestre. Y, habiendo perdido el Edén, el horizonte del *Bosque Divino* opuesto al brutal *Bosque Oscuro*, tenía que comprender completamente el drama apocalíptico en el que había estado involucrado.

Entre los pocos consuelos, aunque póstumos, a Colón le quedó el de haber encontrado una voz a sus lágrimas por los choques y las injusticias en las *Nuevas Españas*. Fray Bartolomé de las Casas se convirtió de hecho en un acusador inflexible de los *conquistadores*, intentando señalar los dilemas de una evangelización que quería ser también acción civilizadora.

****

¿Es posible identificar, en la misión de Cristóbal Colón, algún aspecto realmente providencial?

Además de la imposibilidad de conocer en su totalidad la voluntad por ende la providencia divina, hay que decir que Bartolomé de las Casas nunca fue un cronista

muy fiable e imparcial, hasta el punto de que no se sabe si las obras de Colón por él trasmitidas sean siempre auténticas; por lo tanto, no es exagerado decir que las hazañas del almirante y muchos de los hechos de la Conquista no siempre pueden conocerse de forma transparente a través de la mirada del propio fraile dominico. Por esta y otras tantas razones, la consciencia colectiva occidental – hasta cuando hubo una – muy raramente llegó a comprender en profundidad lo que pasó en América del Sur entre el descubrimiento de las nuevas tierras y el apogeo de las conquistas españolas.

Sí, se ha debatido y mucho sobre todo esto, pero casi siempre entre investigadores e intelectuales que tenían un actitud polémica y facciosa.[26]

Sin embargo, si algún rasgo providencial se puede encontrar en la penetración hispánica en Mesoamérica y el continente americano en general tal rasgo debe de tener algo en común con el asunto del fin de las formas rituales y cultuales de los aztecas y el injerto del cristianismo, aunque en su variante católica, en las culturas de ahí.

Desafortunadamente, cuando se habla de descubrimiento de América, los occidentales acaban casi siempre por caer en las trampas de una o de otra propaganda y muy raras veces han conseguido notar los aspectos más relevantes de un pasaje y paisaje histórico tan crucial; aspectos que, como por ejemplo los propios sacrificios humanos practicados en la sociedad azteca precolombina, han sido a menudo tratados como tabús culturales, con los investigadores que estaban interesados a conducir una u otra batalla cultural e ideológica, y por esto no han logrado entender el sentido de esos rituales.

De hecho, cuando Colón llegó a las islas del Caribe, encontró indígenas bastante pacíficos y acogedores, por no decir asustados, como los mismos taínos; pero estos no representaban para nada la realidad de Meso América de los siglos XV y XVI; ya que, como es sabido, en la parte continental, a la que hoy se llama México, se practicaban bastante habitualmente y de forma ritual sacrificios humanos. No sólo en la capital Tenochtitlán, cuyo templo principal era teatro de ofrendas del

corazón de las victimas a dioses como Huitzilopochtli y Tláloc, sino que también la antropofagia era costumbre bastante consolidada entre los mismos aztecas, cuya clase guerrera solía "cazar" las víctimas entre las poblaciones cercanas, como los Tlaxcaltecas, Texcocotecas, Xochimilcatecas, Otomíes y Chowltecas.
Varios intelectuales e investigadores han tratado de justificar esas costumbres, como para decir que los europeos no tenían el derecho de cambiar de forma tan repentina la cultura de los mexicas y hubieran debido dejar que siguiesen matando víctimas a sus dioses.

Pero, con respecto a todo esto, habría que comprender las cosas en su complejidad.

Sabemos muy bien – no hace falta repetírselo demasiadas veces – que los colonizadores occidentales, con su actitud 'civilizadora', han traído a las poblaciones conquistadas tantos males cuantos aquellos que han tratado de quitarles.

De este proceso, tan típico de todas las conquistas occidentales, se podrían proponer interminables ejemplos.

Pero, por otro lado, en el caso específico de la dominación hispánica de Meso América, resulta ser muy equivocado e incorrecto hablar de una simple colonización e inmediata imposición de costumbres ajenas, ya que el número de españoles que llegó al Nuevo Mundo era minúsculo comparado a la población que vivía allí y el número de indígenas que lucharon contra el imperialismo de los mexicas fue, por lo que se sabe, bastante elevado.

Por lo tanto, hay que preguntarse ¿Cómo consiguieron los españoles, siendo invasores, reclutar a tantos indígenas en América central cuando se decidió derrumbar al imperio azteca? Una de las posibles respuestas a esta pregunta conlleva una explicación vinculada a la misma ritualidad y a la devoción de los aztecas, ya que esa respuesta está asociada a la cuestión de sus rituales sacrificiales. Sí, porque, sabemos que muchas de las víctimas de los sacrificios no eran

exactamente voluntarias y, por tanto, que las poblaciones sometidas no aceptaban de buen grado los rituales.[27]

Con esto, no se quiere insinuar ni sugerir que la cosmovisión y la simbología de los mexicas fueran, en su origen, superficiales o simplemente cosas de salvajes. Todo lo contrario, esos atraían a las clases elevadas, cuyos miembros se ofrecían voluntariamente como *ofrenda*; pero, al mismo tiempo, el sacrificio de los esclavos de otras tribus o etnias, matados contra su propia voluntad, tal como pasaba en Tenochtitlan y en otros dominios de los mexicas, haría pensar no solo a una operación de exterminio disfrazada de culto sino también a una degeneración de la tradición espiritual azteca en su conjunto. Como es sabido, esta tenía una cosmogonía y una visión del más allá muy compleja y fascinante y no tendría sentido juzgarla solo sobre la base de su degeneración.

Con respecto a este último aspecto, se podría hablar de la ritualidad de los azteca precolombinos en términos parecidos a aquellos utilizados por René Guénon acerca de ciertas culturas tribales; ya que según él «solamente, los salvajes – que para nos no son 'primitivos', sino al contrario degenerados – pueden haber conservado algunos ritos sin comprenderlos, y eso desde tiempos muy remotos; la tradición, cuyo sentido se ha perdido, ha hecho lugar entre ellos a la rutina, o a la 'superstición' en el sentido etimológico de la palabra»[28].

Volviendo a la pregunta inicial, es decir si en la misión de Colón se puede reconocer algo de alguna forma 'providencial', pues, esto no podemos saberlo con certeza; sin embargo, podemos destacar unas coincidencias cronológicas, como por ejemplo aquella entre la llegada de los españoles y la consolidación de las construcciones aztecas, incluido el Gran Templo de Tenochtitlán. Se podría hasta pensar que el descubrimiento de América por los europeos llegó justo cuando la Tradición azteca empezaba a desmoronarse del todo y muchos grupos étnicos ya no aceptaban la ritualidad basada en los sacrificios humanos. Se suele pensar que solo los occidentales son capaces de cometer atrocidades y exterminios.

Desafortunadamente, esto no es cierto.

Otras poblaciones, quizás con instrumentos más rudimentales y por razones aún más complejas, es decir con matices soteriológicas o de autodeificación, han cometido también muchas atrocidades. Los aztecas no eran ni superficiales ni ignorantes; además, tenían una simbología cosmogónica y geográfica muy interesante desde nuestro punto, especialmente aquella vinculada a la imagen de la mítica isla de Aztlán por la que salió su pueblo y que ellos trataban de reproducir construyendo, en la región del Lago Texcoco, templos, a los que llamaban Teocalli o Teotéptl, que, como se sabe, estaban rodeados por cuencas de agua.[29]

Por si lo dicho hasta ahora no fuera suficiente, la de los sacrificios humanos no es el único aspecto peculiar de los 'últimos aztecas', ya que junto a este hay que recordar también que ellos solían dedicarse a la antropofagia. Este otro aspecto es no solo repugnante, sino poco típico de las sociedades tradicionales con origines antiguas, sobre todo porque la antropofagia generalmente ocurre en las sociedades tribales extremadamente degeneradas. Por esto, quizá la degeneración que afectó a los aztecas antes de la llegada de los europeos en Meso América puede explicarse a través de un uso político y expansionista de la ritualidad y de la mitología por parte de la población nahuas más hegemónica.

****

Un mapa moderno, con su precisión milimétrica y su cuadrícula de paralelos, es el signo de una cultura que ha hecho de la medición y cuantificación de las apariencias contingentes su único propósito. La medición y la cuantificación son las actividades fundacionales de la actividad mercantil. Al evaluar las cantidades y los márgenes de beneficio relacionados, no es apropiado tener en cuenta lo que va más allá de lo medible y cuantificable, porque esto va más allá de las prerrogativas del comerciante.

MATERIA SIGNATA QUANTITATE

Este es uno de los principios fundacionales, y al mismo tiempo olvidados, de la cartografía moderna.

En este principio se esconden las columnas de Hércules superadas por Colón. Y es precisamente en esto donde la propia historia de Colón encierra otro de sus enigmas sin resolver: pretendía dirigir a la humanidad hacia la Nueva Jerusalén, hacia el advenimiento del Reino Eterno, pero su empresa terminó por hundirla de manera definitiva en la *materia signata quantitate*.

Colón, al menos aparentemente, emprendió su misión de predicar el Evangelio a la parte del mundo que aún lo ignoraba, siguiendo la invitación de «ir por todo el mundo y anunciar el Evangelio a toda criatura».[30] Y el *Libro de las Profecías* es el ataúd en el que se encierra el significado bíblico de su misión.

En él, en la dedicatoria a la Realeza de España, está escrito:

> «El Abad Joachín Calabres dijo que había de salir de España quien había de rectificar la casa del monte Sión» [31].

Sin embargo, sigue siendo completamente desconocido y oscuro dónde y en qué sentido *el abad calabrés Joaquín* escribió o dijo que «de España vendría el que reconstruiría la Casa del Monte Sión». En cualquier caso, con estas palabras, asistimos al regreso del fervor templario, a la liberación de Tierra Santa, al descenso apocalíptico de la Nueva Jerusalén.

Pero este fervor, en Colón, adquiere un tono sospechoso, una aspiración cuya naturaleza es difícil de determinar.

En cuanto a la predicción de Joaquín de Fiore, no necesariamente tiene que estar contenida en una obra escrita del abad calabrés. Ese '*diso*' tal vez se refiere a una predicción joaquimita (o seudojoaquimita), que había sido transmitida a Colón por los círculos monásticos franciscanos que, como es bien sabido, Colón se encontraba frecuentando a menudo.

Del propio Joaquín, sin embargo, hay que recordar otro pasaje similar, muy significativo porque puede encontrar alguna conexión analógica con la misión de las tres carabelas:

> «Reaedificanda est sancta civitas de novis et politis lapidibus, et hoc a filiis transmigrationis modernae».[32]

es decir, «la ciudad santa debe ser reconstruida con piedras nuevas y pulidas, y esto lo lograrán los hijos del exilio moderno».

Este pasaje de Joaquín es muy relevante por varias razones. En primer lugar, porque revela la necesidad de que los exiliados espirituales se hagan cargo también de la reconstrucción de la Ciudad Santa.

En este sentido, nótese la presencia del adjetivo moderno[33], que es bastante inusual para un texto medieval en latín; un adjetivo que se refiere a otro término, menos inusual, pero de gran significado, como *transmigratio*. Un término que el traductor ha traducido como exilio, y que sin embargo parece ir más allá del simple concepto de exilio o deportación física, para referirse a una migración de almas a través del mundo contingente y, en una perspectiva apocalíptica, al viaje hacia la revelación de los últimos días, articulado en torno al descenso de la Nueva Jerusalén.

La Nueva Atlántida

Conocemos bien el mundo habitado
y a nosotros no se nos conoce.

F. Bacon, *Nueva Atlántida,* 1626.

La idea de una tierra que se halla en las antípodas del mundo conocido también se encuentra en la obra de Francis Bacon. La Nueva Atlántida de Bacon es *Bensalem*, una isla remota *frente a la costa de Perú*, en la que se ha realizado una feliz utopía científica. El nombre de la isla, evidentemente, se hace eco del de *Jerusalén*. El proyecto de Bacon tiene un carácter alegórico y narrativo a la vez y se presta bien a esa atmósfera de entusiasmo por el conocimiento y la experimentación que ya se iba propagando entre los occidentales durante el siglo XVI.

A diferencia de Cristóbal Colón, el filósofo londinense no meditó con particular fervor sobre las promesas escatológicas. La *Nueva Atlántida* tiene su propia religiosidad, pero esto plantea más de un enigma y otras tantas perplejidades. En *la Casa de Salomón*, centro palpitante de las actividades tecnológicas de Bensalem, la estatua del mismo navegante genovés tiene su lugar de honor entre los grandes descubridores de los siglos pasados:

> «Para nuestras ceremonias y ritos, tenemos dos larguísimas y bellas galerías; en una de ellas colocamos modelos y ejemplares de todas clases de los inventos más raros y mejores; en la otra, las estatuas de los principales inventores. Tenemos allí la estatua de vuestro Colón, que descubrió las Indias occidentales […]».[34]

Junto a *vuestro* Colón, se enumeran las estatuas de los diversos inventores de barcos, pólvora, música, artillería, imprenta y muchos otros descubrimientos de la ciencia moderna entonces recién nacida.

Por lo tanto, Bensalem entera está, con toda evidencia, dedicada a la innovación científica.

La confianza en el avance técnico que irradia la *Nueva Atlántida*, hay que decirlo, ha llegado como amplificada hasta nuestro tiempo. Esto, por sí solo, es suficiente para convertirla en una obra de cierto interés. Más aún si pensamos que carece totalmente de las vacilaciones y ansiedades que siempre han latido en toda manipulación científica y que hoy están tristemente fundamentadas por las largas listas de masacres perpetradas por las consecuencias directas del *progreso científico* y, sobre todo, de la horrible comercialización que, en el campo de la guerra y la salud, se hace de los descubrimientos tecnológicos.

Ante su indudable carácter moderno, la *Atlántida* de Bacon se revela de página en página completamente incapaz de predecir cosas como los hongos atómicos, las armas bacteriológicas y las aberraciones genéticas, que en los últimos siglos han mostrado la cara morbosa y depredadora de la investigación científica. Se dirá, y con razón, que esas monstruosidades aún no podían tocar las playas de ensueño de Bensalem, por obvias razones cronológicas.

Pero hay también que decir que *La Nueva Atlántida* es una obra utópica bastante extraña, por su carácter tan predictivo como claramente ingenuo en el ímpetu cientificista que la caracteriza. Una ingenuidad que, como veremos, no depende solo del carácter utópico de la obra, sino también del mensaje que pretende transmitir en su amplio abanico de aplicaciones técnicas.

En un pasaje memorable, se puede leer:

> «El fin de nuestra fundación es el conocimiento de las causas y movimientos secretos de las cosas, así como la ampliación de los límites del imperio humano para hacer todas las cosas posibles».[35]

Estas palabras son pronunciadas por la venerable figura de uno de los llamados *padres de la Casa de Salomón*, máximas autoridades del templo de las ciencias de la *Atlántida* Baconiana, en el que se cultivan todo tipo de investigaciones.

Hay que notarlo: tanto la isla de Bensalem como la Casa de Salomón han existido desde tiempos inmemoriales; pero Bacon deja los orígenes del asentamiento humano en la isla en gran parte envueltos en misterio, sin embargo, recuerda de manera bastante detallada la consagración del islote a la fe cristiana.

«Unos veinte años después de la ascensión de nuestro Salvador», relata uno de los padres de la casa de Salomón, «los habitantes de Renfusa», una ciudad en la costa este de Bensalem, «vieron a la distancia de unas millas (…) un gran pilar de luz en el mar; tenía la forma de una columna o cilindro y ascendía del mar hacia el cielo; en lo alto se veía una gran cruz luminosa, más brillante y resplandeciente que el fuste del pilar»[36].

Zarpando en pequeños botes para acercarse al objeto de la visión, los habitantes de Renfusa fueron bloqueados por una fuerza inexplicable «a unos sesenta metros» de la misma visión, «completamente incapaces de ir más lejos».

Sucedió, sin embargo, que uno de los sabios de la Casa de Salomón viajaba en una de las barcas que habían llegado hasta allí; él, pronunciando una oración con las manos levantadas al cielo, agradeció al:

> «Señor Dios del cielo y de la tierra, por haber concedido por tu gracia a los de nuestra orden conocer tus obras de creación y sus secretos, y distinguir (como corresponde a la especie humana) entre milagros divinos, obras de la naturaleza, obras de arte e imposturas e ilusiones de todo tipo».[37]

Precisamente en virtud de esta oración, la barca del sabio fue la única, entre las presentes, que pudo reanudar la navegación y así acercarse a la columna coronada por una cruz de luz. «Pero cuando llegó cerca de ella, el pilar y la cruz luminosa se esfumaron, rompiéndose, por así decirlo, en un firmamento de estrellas, que

también se desvaneció poco después; y nada más se vio a no ser un pequeño cofre o caja de cedro, seco y no húmedo, aunque flotaba en el agua».[38]

En este punto tuvo lugar el verdadero milagro.

De hecho, el sabio de la Casa de Salomón notó que una ramita de palma sobresalía de la pequeña arca y, tan pronto como «el sabio tomó el cofre a bordo de su barco, con toda reverencia lo abrió y se encontraron dentro un libro y una carta, escritos ambos en fino pergamino y enrollados en trozos de tela»[39].

El libro pronto reveló su contenido: todos los textos del Antiguo y Nuevo Testamento, incluido el Apocalipsis y otros textos que, para ese momento, «aún no habían sido compuestos». En cuanto a la carta, era en cambio un escrito de San Bartolomé, quien dirigió al destinatario del arca, evidentemente el mismo sabio de la Casa de Salomón, toda bendición celestial.

Este episodio, rodeado como está por un espeso halo legendario, está ahí para confirmar la fe cristiana de la nación isleña de Bensalem. Como leemos al final del episodio milagroso que tuvo lugar frente a la costa de Renfusa, de hecho, «así esta tierra fue salvada de la infidelidad (como los restos del mundo antiguo de las aguas) por un arca, a través del Evangelio apostólico y milagroso de San Bartolomé».[40]

Sin embargo, entre esta antigua devoción cristiana y la naturaleza de la misión y aspiración de los sabios de la isla de Bensalem hay una especie de hiato, algo cuya coherencia íntima es difícil de comprender.

Al igual que en el interés escatológico de Colón, también en la presunta vocación cristiana de la isla «frente a las costas del Perú», acecha algo sospechoso, por no decir falso. Donde Colón confunde *los nuevos cielos y las nuevas* tierras apocalípticas con las tierras conquistadas por la Corona de España, Bacon coloca las promesas de la experimentación científica más desenfrenada en el carisma de una revelación del Nuevo Testamento. ¡El sabio de la Casa de Salomón que desafía

las olas de Renfusa incluso recibe una copia de Apocalipsis antes de que haya sido escrito!

Hay en ambas retóricas, la columbina y la baconiana, una nota sensacionalista que parece más querer justificar y *decorar* las intenciones y actos narrados que explicar su naturaleza íntima.

Como se mencionó, la ingenuidad del entusiasmo de Francis Bacon por el avance científico es uno de los aspectos más sorprendentes de la *Nueva Atlántida*.

En sus numerosas *casas de ilusiones* [*perspective houses*] se reproducen «todo tipo de luces y radiaciones, y todo tipo de colores; y con objetos desprovistos de color y transparentes», con los que se representan «todos los colores diferentes, no con iris (como en gemas y prismas), sino individualmente». En estas *casas de ilusiones* también se obtiene «toda forma de multiplicación de la luz», que se lleva «a tal punto y a tal agudeza, como para distinguir pequeños puntos y líneas»; y «de nuevo, todos los tonos de luz; todas las ilusiones y engaños de la vista, tanto en la forma, en el tamaño, en los movimientos y en los colores; cualquier reproducción de sombras».

En las mismas *casas de ilusiones*, los experimentadores también «encontraron» «varias formas de producir luz directamente a partir de diferentes cuerpos» y «medios para ver objetos distantes, como los que están en el cielo o en lugares remotos», así como «los objetos cercanos parecen lejanos y los objetos distantes cercanos, creando distancias aparentes».[41]

Como bien sabía cualquier alquimista medieval, al manejar *todo tipo de luces y radiaciones,* así como al *multiplicar la luz*, era necesario tener en cuenta la acción desintegradora de lo que los tratados médico-alquímicos de la Edad Media, todavía en el siglo XIV, llamaban *Basilisco*[42].

No es el caso aquí de investigar en la posibilidad – para nada remota – de que en esta obsesión de *luces multiplicadas y distancias aparentes* se aceche ya alguna forma de culto luciferino porque esto nos llevaría muy lejos de nuestros temas

principales; aquí nos llega con comprobar como en la utopía de Bensalem se apunta ya expresamente a dejar atrás toda precaución del camino de la experimentación científica y desatar una definitiva enemistad del hombre no simplemente «contra toda naturaleza» sino contra cualquier equilibrio posible entre lo interior y lo exterior.

De todas formas, la ingenuidad utópica a la que se aludía anteriormente podría ser tan engañosa como las refracciones fotográficas que se practican en la isla baconiana, cuya intensa actividad experimental está ya predicha en la oración del sabio de la Casa de Salomón anteriormente reportada. Ahí se dice, entre otras cosas, que el «Señor Dios del cielo y de la tierra» ha concedido a la orden de los padres de la Casa de Salomón «de discernir entre milagros divinos, obras de la naturaleza, obras de arte e imposturas e ilusiones de todo tipo».

El problema es que, incluso si se meditar sobre estas palabras con buena voluntad y sin sospechas, resulta muy difícil establecer si el trabajo científico y experimental que absorbe a los ciudadanos de Bensalem cae dentro de la esfera de los «milagros divinos», aquella de las «obras de la naturaleza», aquella de las «obras de arte» o, como parece más probable, en aquella de las «imposturas e ilusiones de todo tipo».

Bacon, sin embargo, no parece querer dar aclaraciones sobre los principios últimos que gobiernan la civilización de su Atlántida. Las referencias a la *ampliación del imperio humano* y a la *realización de todas las cosas posibles* pretenden ser programáticas y aclarar más allá de toda duda cuáles son los objetivos perseguidos por la casta de sabios y padres de la Casa de Salomón[43].

Su acción gubernamental en la isla ya parece hablar del delirio de la época contemporánea. La investigación compulsiva, en la estela incierta de la «creación de distancias aparentes», parece predecir de la manera más articulada e indudable la manía fotométrica que ahora se ha apoderado de todos los rincones del universo humano, hasta el punto de hacerlo tan ilimitado como estrecho e irrespirable.

Los habitantes de la *Nueva Atlántida* también tienen un don absolutamente excepcional en el paisaje humano; un don que ya los relaciona estrechamente con aquellos que hoy usan la ciencia como un medio para controlar a las masas. Es decir, tienen la capacidad de permanecer desconocidos para todos aquellos que no viven en la isla. Por otro lado, se diga aquí de paso, de muchos de los trastornos científicos de los últimos años, ya sean de guerra o de aplicación sanitaria, el mundo conoce a menudo a los promotores de papeles, a lo sumo a los ejecutores, pero muy raramente, si es que alguna vez, a los instigadores.

De hecho, los curiosos habitantes de la isla de Francis Bacon señalan a los visitantes – «los *extranjeros*» – que han llegado a sus costas que:

> «los habitantes de esta *isla de Bensalem* — así la llaman en su lengua — nos encontramos en la situación siguiente: debido a nuestra soledad y a la ley del secreto que mantenemos para nuestros viajeros, y a causa de la poco frecuente admisión de extranjeros, conocemos bien el mundo habitado y a nosotros no se nos conoce».[44]

Aquí se establece toda la exclusividad del conocimiento técnico, de los círculos científicos que desde el siglo XVII hicieron de esta exclusividad una especie de deber. Estas élites sabían muy bien que el conocimiento debía inculcarse en las masas inconscientes, así como en los extranjeros que visitaban Bensalem, con astuta parcialidad y gradualidad. «Conocemos, pero a nosotros mismos no se nos conoce». Detrás de la metáfora geográfica del lugar remoto, «frente de las costas de Perú», se esconde la actitud mental de aquellos que han ofrecido al mundo los beneficios de sus descubrimientos, pero conservan para sí la prerrogativa y el privilegio de dominar los métodos de difusión y los propósitos reales de cada descubrimiento.

Ya en la época de Bacon, los sectores europeos dominantes habían entendido que era necesario crear una casta que tuviera exclusividad sobre los

descubrimientos científicos: una casta destinada a marcar el ritmo de la era moderna.

En este sentido, la utopía de la *Nueva Atlántida* ya tiene las características de una obra propagandística, o si se prefiere, protopropagandística. Un hombre del genio de Bacon no podría haber ignorado los peligros inherentes a la experimentación científica. No podía dejar de saber que su utopía era en realidad la premisa disfrazada de cualquier distopía. Sin embargo, su *realización de todas las cosas posibles*, en la página escrita, todavía resuena hoy serena e inalterada. Cualquier sospecha, cualquier temor parece ser completamente incompatible con el paso feliz y confiado de la peregrinación de Bacon a su Atlántida cientificista.

****

¿Ha alcanzado hoy su máximo esplendor la *ampliación del imperio humano* esperada por los utópicos ingleses? ¿O la experimentación científica se ha movido ahora, irrevocablemente, hacia el establecimiento del más violento de los terrores?

La impresión es que, cuando son demasiado grandes, las esperanzas materiales y experimentales siempre y fatalmente conducen al desastre. La ciencia no tiene mucho que oponer a los terrores que ella misma despierta.

Siglos después de Bacon, Leo Szilard lo habría dicho claramente: la ciencia ya no tiene contrapesos que oponer a los poderes devastadores que es capaz de despertar.[45]

Ya no *Ordo ab Chaos*, sino *Chaos ab Chaos*, por lo tanto, porque cuanto más se acerca uno a los límites de lo observable, más difícil se vuelve predecir las consecuencias de las propias acciones.

Geografía medieval y proyección de Mercator

El desprecio por la ciencia y la imaginación medieval relacionada con la geografía y el orden universal han alcanzado, en la época actual, niveles paradójicos.

A ese respecto, el historiador de la geografía John Noble Wilford llegó a hablar de *estrechez de miras*[46]; y para un escritor de renombre que escribe cosas así ¡quién sabe cuántos – en la muchedumbre de los entusiastas – están totalmente de acuerdo y las aprueban! Es que las masas no entienden ni quieren entender que la cartografía medieval, culpable de contener *islas de San Brendán* y *paraísos terrenales rodeados de fuego*, no abordaba las facultades mentales comúnmente conocidas ni modos de pensamiento ligados a las deducciones de la lógica más básica.

Por lo tanto, tiene muy poco sentido evocar, como hace Nobel Wilford, «el paraíso, los monstruos, la ignorancia, la *estrechez de miras*» y es inútil lamentar el Occidente medieval «deslizado en el atolladero de un estancamiento intelectual que duraría mil años».[47] A pesar de sus limitaciones y peculiaridades, la cartografía medieval no puede entenderse *solo con los ojos corporales*, sino que requiere una intuición propiamente espiritual, una mirada que sepa ir más allá de lo tangible.

Esto es tan cierto que, en sus *Etimologías*, Isidoro de Sevilla dice: «la entrada al Paraíso [terrenal] está cerrada tanto a la carne como al espíritu de transgresión».[48]

Otro límite de la obra de Noble Wilford, se hace aquí referencia a su resumen de la historia de la cartografía, *The Mapmakers*, es que él le da muy poco espacio a Idrisi. De hecho, lo menciona solo una vez y en relación con una de las cartas que se le atribuyen. Es un planisferio redondo en el que la tierra está representada con el norte en la parte inferior y el sur en la parte superior.

«¡Qué rarezas pueden surgir de las brumas y fuegos fatuos del atolladero medieval!», debe haber pensado Noble Wilford. El norte abajo y el sur arriba ¡qué escandalo geográfico causó este Idrisi!

Sin embargo, la *tierra al revés* era una de las proyecciones cartográficas más habituales de la geografía islámica; no muy diferente, en esto, de la misma geografía que es la base de la *Divina Comedia* de Dante, donde, desde el hemisferio de las tierras emergidas, se sube hacia el hemisferio de las aguas oceánicas y por ahí hacia la remota isla edénica[49].

Además, hay que añadir que en Dante existen dos tipologías de aguas: es decir las aguas físicas, oceánicas, y las aguas celestiales que él bien describe en el III del *Paraíso*, donde desde el cielo de la luna él consigue contemplar «las aguas límpidas y tranquilas/ no tan profundas que el fondo se oculte».[50]

Entonces, la sobreposición del hemisferio meridional encima del septentrional en la cosmología tanto islámica cuanto cristiana tenía una explicación de carácter también metafísico y, por tanto, no necesariamente vinculada a consideraciones de carácter políticos o sociales.

¿Se aceptaría hoy la proyección de un mundo en el que Europa y América del Norte se representan *bajo* Oriente, África y América Latina? ¿Se le podría prohibir a Greenwich cortar todo el globo en dos, para ser la aguja que equilibra todas las longitudes?

Piensen por un momento en el impacto en la psicología colectiva que la representación del mundo actual ha tenido durante siglos. La colonización eurocéntrica, esta *hegemonía septentrional*, está técnicamente inscrita en mapas colocados en casi todas partes, desde las aulas polvorientas de las escuelas hasta los dispositivos de navegación más sofisticados.

Obviamente, todos son libres de descuidar los diversos conocimientos medievales, sospechar de ellos y no ver en ellos más que concepciones legendarias definitivamente obsoletas: el residuo de una cultura extinta. De hecho, muchos, como el propio Noble Wilford, han llegado a maltratar y burlarse de tales ideas.

Sin embargo, el hecho es que los significados vinculados al Paraíso Terrenal, un lugar ancestral por encima del tiempo y el espacio, han sido eliminados de cualquier horizonte no porque sean irrelevantes, sino porque la ciencia moderna ha intentado conscientemente primero desterrarlos y, finalmente, relegarlos bajo el título de *superstición*.

Al mismo tiempo, debemos preguntarnos cómo fue posible que las *mentes estrechas* de las que habla el propio noble Wilford pudieran haber concebido, a partir de la cumbre del Edén, un intelecto divino e ilimitado; que poetas como Dante Alighieri, hundidos hasta el cuello en *el lodazal medieval*, fueran capaces de componer poemas abiertos a todas las esferas del ser: desde las regiones más bajas de la desesperación hasta las esferas celestes habitadas por santos y ángeles.

Estas simples preguntas bastarían para darse cuenta de lo sesgado e infundado que era la inversión cultural y la falsificación operada por quienes, en el universo representativo y simbólico medieval, no han logrado ver nada más que «un lodazal de estancamiento intelectual».

Ante tanto orgullo y confianza, podría pensarse que la cartografía moderna, a diferencia de los mapeos medievales, debe de ser siempre veraz y desprovista de convenciones engañosas.

Pero ¿será esto cierto?

La proyección cartográfica generalizada desde la época de Gerardo Mercator no parece inmune a diversas y arbitrarias convenciones de perspectiva.

En comparación con la época de los *Mercatores,* en la Edad Media estaba mucho más extendida la costumbre de distinguir entre las diversas esferas del ser y de juzgar todo en relación con el área del área de que se quería tratar. A pesar de ello, la geografía medieval seguía siendo un lugar elegido para la interpolación de elementos vinculados al simbolismo trascendente y, en algunos casos, a saberes propiamente misteriosos.

Dante no podría ser más claro con respecto a la distinción entre conocimiento físico y conocimiento metafísico.

En su única obra de carácter geográfico, la *Quaestio de Aqua et Terra,* se compromete a «no exceder la esfera de la naturaleza física», ya que todo lo que concierne a la esfera puramente geográfica *gira* exclusivamente «entre entidades móviles, es decir, entre el agua y la tierra, que son cuerpos físicos».[51]

Depende del lector juzgar si tal forma de proceder es o no un síntoma de algún *estancamiento intelectual*.

Otra costumbre típica de la ciencia medieval es la de considerar todo en relación con el área de la que se pretende tratar; pero, sin sancionar a toda costa la existencia de compartimentos estancos entre los diversos niveles de los existente, sino con el objetivo de devolver todo a la unidad; porque los intelectuales de la Edad Media, como por ejemplo Dante, aspiraron sobre todo a eso.

****

La *Quaestio de aqua et terra* es un tratado destinado a demostrar que las aguas oceánicas no pueden ser *excéntricas*, es decir, que no pueden tener otro centro distinto de aquel alrededor del cual se dispone la tierra. Pero, como se ha mencionado, las premisas y conclusiones del trabajo pretenden transmitir conocimientos válidos para un campo de investigación muy concreto: el geográfico y, según los parámetros de la época, el científico.

La regla de oro de la ciencia medieval es la complementariedad.

Se puede decidir hablar de algo concreto, pero todo está destinado a contribuir a una armonía superior: todo debe resolverse necesariamente en un orden universal que puede ser más o menos claro y revelado al ser humano, pero que sin embargo *existe* y -como un superestrato implícito en todo- debe tenerse siempre en cuenta.

En la *Quaestio*, encontramos pruebas inequívocas de tal forma de proceder.

Al escribir sobre «quod non est extra materiam materialem», Dante pretende subrayar precisamente la doble validez de sus conclusiones: por un lado, una validez que se refiere a las circunstancias geográficas, físicas; pero, desde otra

perspectiva, se confía al lector la tarea de reconectar lo que se ha dicho sobre la geografía terrestre con el nivel universal y analógico; un plan, este último, que en la *Quaestio* está destinado a permanecer implícito.

Según Dante, la aparente joroba que presenta el horizonte de altamar no puede considerarse prueba de que la tierra es policéntrica, es decir, que el globo terrestre tiene más de un eje y, por lo tanto, más de un núcleo. Negar la singularidad del núcleo de la Tierra significaría, de hecho, privar a todo el planeta de un eje y su equilibrio preciso vinculado a los polos.

Esto también debe entenderse en relación con el hecho de que las polaridades, para Dante, son bastante cambiantes y siempre adaptables al tema en discusión. Un aspecto poco señalado en los diversos comentarios sobre *la Divina Comedia* se refiere a las dos polaridades distintas, la representada por el eje Jerusalén-Purgatorio, por un lado, y la vinculada a los dos polos, Ártico y Antártico, por otro.

Hacia el fin del *Infierno*, Virgilio le dice a Dante:

«y has alcanzado ya el otro hemisferio
que es contrario de aquel que la gran seca
recubre, en cuyo colmo consumido
fue el hombre que nació y vivió sin culpa;
tienes los pies sobre la breve esfera
que a la Judea forma la otra cara».[52]

Hay que notar aquí la enigmática expresión «colmo consumido», en el original «*colmo consunto*», que parece referirse no solo al martirio de Jesús, sino también al mismo *Calvario*, cuyo significado, como es sabido, deriva de una etimología aramea, que nos ha llegado por el griego *Golgotha*, es decir calavera o cráneo. Por analogía, esta se puede referir a la idea de un polo, es decir de una cabeza geográfica.

Se trata de asuntos a la vez geográficos y simbólicos que para Dante son de suma importancia.

Sin embargo, esto no quiere decir que debemos asociar la Palestina directamente con el polo septentrional de la geografía dantesca.

Unos versos más adelante, o sea en el primer canto del *Purgatorio*, podemos leer:

> «Me volví a la derecha atentamente,
> y vi en el otro polo cuatro estrellas
> que sólo vieron las primeras gentes.
> Parecía que el cielo se gozara
> con sus luces: ¡Oh viudo septentrión,
> ya que de su visión estás privado!
> Cuando por fin dejé de contemplarlos
> dirigiéndome un poco al otro polo,
> por donde el Carro desapareciera».[53]

En este pasaje, Dante dice claramente que, desde las playas de la isla del Purgatorio, debe girar a su derecha para ver, a lo lejos, el *otro* polo; el término *otro* debe referirse aquí, como lo hacen casi todos los comentaristas, al polo antártico, opuesto al del hemisferio norte. Pero también es necesario señalar un aspecto central de este pasaje, que a menudo ha permanecido entre líneas; es decir, no debe olvidarse que la *Comedia* es el poema en que hay que leer «bajo el velo de los versos extraños»; y en este caso parece ofrecer precisamente uno de los muchos enigmas en torno a los cuales giran los misteriosos símbolos de la trilogía dantesca.

Al decir «Me volví a la derecha atentamente, y vi en *el otro polo* cuatro estrellas», Dante parece enfatizar no solo la oposición entre los polos norte y sur, sino también el hecho de que el polo espiritual, o el Purgatorio en el que acaba de aterrizar, no coincide con el polo geográfico o magnético del hemisferio sur. En este sentido, el *otro* polo al que se refiere podría ser precisamente el polo sur, un polo geográfico y magnético, al que se llama *otro* para marcar la diferencia con el

polo espiritual en el que se encontraba Dante tras completar su ascenso por el inframundo.[54]

Esto es aún más cierto si consideramos que, en la Edad Media, el término *polo* no indicaba, como lo hace hoy, solo un punto geográfico; pero también la proyección axial que, verticalmente, se eleva desde el suelo hacia el cielo.

Estas distinciones llaman la atención sobre un aspecto fundamental para comprender no solo la *Divina Comedia*, sino también la propia mentalidad medieval, en cuya perspectiva, los polos geográfico-astronómicos y los polos espirituales no podían coincidir. De hecho, mientras que el primero se colocó en el centro de las revoluciones planetarias y los cielos siderales, el segundo proporcionó una base para todo desarrollo propiamente interior y, de hecho, espiritual.

La clara distinción entre los cielos cósmicos y espirituales está además claramente definida en uno de los cantos iniciales del Paraíso, donde, en relación con los bienaventurados del cielo lunar, dice:

> «Aquí se mostraron no porque les corresponda
> esta esfera, mas como para dar un signo
> del cielo al que hay menos subida.
> Así se debe hablar a vuestro ingenio,
> porque sólo de lo sensorial aprende
> lo que luego hace de intelecto digno».[55]

Los dos tercetos no podrían ser más claros que lo que se dijo anteriormente sobre la distinción entre los cielos de la cosmología y los de los intelectos celestiales. Los bienaventurados del cielo lunar no se manifiestan allí para morar en la esfera lunar, sino solo para «*far segno*» del nivel de perfección espiritual que han alcanzado. Y Dante no tiene la intención de dejar ningún malentendido sobre este aspecto; es decir, en el hecho de que el intelecto humano [«*vostro ingegno*»]

necesita imágenes sensoriales [«*sensato*»] para comprender todo concepto abstracto e intelectual [«*ciò che fa poscia d'intelletto degno*»].

En este sentido, la ascensión espiritual está significada por la imagen de las esferas planetarias por un proceso hermético y poético, por así decirlo, pero de ninguna manera se reduce a un simple ascenso *astronáutico* a través de las esferas cósmico-planetarias.

En cualquier caso, estas breves notas confirman lo dicho anteriormente, a saber, que una es la polaridad norte-sur, otra es la polaridad Jerusalén-Edén.

En esta perspectiva, debe especificarse que no parece haber una oposición, un antagonismo real entre los polos terrestre y espiritual en Dante. En el sentido de que todo lo relacionado con la geografía, primero, y la cosmología, después, se limita simplemente a proporcionar imágenes al código poético de la *Comedia*, que las necesita para indicar sus contenidos propiamente filosóficos y bíblicos.

De lo contrario, no tendría sentido rendir homenaje a la belleza y la virtud de las '*cuatro llamas*', tradicionalmente identificadas con la cruz del sur, pero también referidas a la llamada 'virtud de las estrellas'; un aspecto, también, que se presta tanto a una lectura ética e interior como a una interpretación vinculada a la ciencia medieval.[56]

Dante, de hecho, trata las mismas virtudes siderales, pero desde un punto de vista físico y científico, en la parte final de la propia *Quaestio de aqua et terra*. Allí se pueden encontrar unos relieves muy interesantes sobre *la virtud de las estrellas*, la que también será de gran importancia para los filósofos medievales dedicados a la alquimia.

****

El trazado geográfico de la *Divina Comedia*, que es uno con su simbolismo espacial, se basa, por un lado, en la centralidad de Jerusalén que ocupa una posición eminente («en cuyo colmo consumido / fue el hombre que nació y vivió sin culpa») en el hemisferio de las tierras emergidas y, por otro, en la isla-montaña del

Purgatorio que se erige en cambio como un faro solitario en el hemisferio oscuro de las aguas.

Sin embargo, estos *polos* no pueden recibir ninguna atención en la *Quaestio de aqua et terra*, ya que este ensayo dantesco se centra exclusivamente en cuestiones geográficas y en parte cosmológicas.

En este sentido, la *Quaestio* coloca en el centro de su representación *el polo del mundo* o el polo que puede, al menos por aproximación, corresponder con el ártico: un punto alrededor del cual, según el conocimiento medieval, se reunían todos los continentes y se proyectaba axialmente el movimiento de rotación de los planetas, así como la disposición de las estrellas del hemisferio norte.[57]

****

En los mapas medievales, el Edén se representaba a menudo en el otro extremo del mundo oriental; está allí, por ejemplo, en el famoso mapa de Hereford[58].

Desde un punto de vista puramente simbólico, podría decirse que el Edén no es ni este ni oeste. La ubicación aparente en el lejano oriente, en todo caso en la cima de todas las tierras emergidas, parece aludir de hecho a un punto, más simbólico que físico, en el que la oposición Oeste-Este llega a su fin, para resolverse en la centralidad absoluta del Paraíso terrenal como lugar primordial y, por lo tanto, en el origen de cualquier desarrollo auténticamente espiritual.

Si este no fuera el caso, ya no podría considerarse *el* centro.

Por otro lado, esta es la razón por la que Dante coloca el Purgatorio -o la isla del Paraíso Terrenal- en el centro del hemisferio de aguas, que según la explicación de Dante Virgilio alguna vez estuvo cubierto por tierra, pero fue inundado con aguas oceánicas para protegerse de la caída de Lucifer:

> De este lado [Lucífero] cayó del cielo;
> y la tierra, que primero se asomó desde aquí,
> por miedo a él hizo del mar velo[59].

Al mismo tiempo, como se ha dicho, es necesario cuestionar la perfecta coincidencia entre el hemisferio de aguas de Dante y el hemisferio sur del conocimiento geográfico actual. Ya que la isla del Purgatorio está colocada en las antípodas de la Jerusalén terrenal. De hecho, sabemos que, para Dante, toda la masa terrestre se extendía desde el río Ganges hasta las Columnas de Hércules y que tenía la forma de una *media luna*; [60]por otro lado, el hemisferio oceánico de Dante ocupa el hemisferio sur, pero también una parte del planeta ahora anexada al actual hemisferio norte.

Al fin y al cabo, la gente de la Edad Media nunca hubiera podido concebir el Océano Occidental como una extensión de aguas que ocupaba exclusivamente lo que es el hemisferio austral según los conocimientos de hoy en día, ya que no tenía que hacer nada más que mirar hacia el norte o el oeste para darse cuenta de que la masa oceánica, se extendía al oeste tanto desde las costas europeas como desde las africanas.

****

Para el hombre medieval, la difusión de mapas con símbolos y signos, incluso enigmáticos o mitológicos, era una forma de recordar al observador que, junto a los elementos naturales, queda la posibilidad de acceder a una realidad transcendente.

Entre las olas del mar, por lo tanto, se escondían *Terrae repromissionis sanctorum* que prometían ser alcanzables para quienes pudieran verlas más allá de los elementos visibles; una naturaleza dedicada al estudio y la profundización podría hacer de estas *Terrae* imágenes más refinadas y sublimes; mientras que las almas dedicadas a la contemplación podrían hacer una imagen más simple de ellas, vinculadas a los ciclos legendarios que se enriquecieron de siglo en siglo.

Este último es ciertamente el caso de San Brendán y su *Navigatio*, en el que, sin embargo, como el *Purgatorio* de Dante, no falta un poderoso simbolismo numérico vinculado al número siete[61].

La cartografía moderna, por otro lado, ha intentado eliminar cualquier rastro de lo sagrado y simbólico de sus mapas. Esta era en realidad una de sus principales tareas. Decretó la transición -una transición drástica, producida en el espacio de unos pocos siglos- de una proyección sapiencial, a una proyección de las tierras emergidas basada exclusivamente en la esquematización de los espacios representados. Una cuadrícula uniforme, un campo neutro destinado a neutralizar cualquier posible referencia legendaria o bíblica que pudiera surgir de las imágenes vinculadas a los lugares representados.

Pero ¿este modo de representación realmente ha ofrecido una versión más confiable de la esfera planetaria?

La respuesta puede ser tanto sí como no, porque nunca como en este caso, el punto de vista es fundamental.

De hecho, debe recordarse que los mapas esféricos rara vez se consultan hoy en día. Esto sorprenderá a cualquiera que esté acostumbrado a concebir el globo impuesto por la proyección de Mercator como perfectamente confiable; pero, de hecho, la reducción de toda la faz de la tierra a un plano de meridianos paralelos ha contribuido – más que cualquier otra leyenda medieval – a imprimir a nivel colectivo la imaginación de una tierra en la que las relaciones entre distancias se conciben como relaciones entre puntos sin tensión hacia polaridades específicas.

De hecho, las cartas isogónicas carecen de ese precioso *recordatorio* que son los polos. Porque la tensión de las líneas de referencia hacia los polos nos recuerda que ni el espacio ni el tiempo son lineales, sino que una naturaleza cíclica está conectada a todo.

¿Pero cuál es la diferencia? alguien podrá preguntar.

Es que la proyección de Mercator ha impuesto una concepción del mundo no solo *antiesférica*, sino para nada neutral, tal como es *ad usum navigantium et mercantium*; por esto, ella ha ofrecido una base a esa concepción lineal típica de la evolución ilimitada que tanto le ha gustado a la modernidad.

La consecuencia inevitable de todo esto ha sido la mercantilización del tiempo.

‘El tiempo es dinero’ desde luego es uno de aquellos adagios verdaderamente representativos de la era moderna, la época que se cree libre de cualquier *angustia intelectual* y que, curiosamente, ha llegado a confiar la medición de su tiempo a un sistema de paralelismos. Haber impuesto un huso horario a cada banda longitudinal individual presupone, de hecho, que cada intervalo de tiempo individual ya no converge hacia ningún polo.

De hecho, el modelo basado en Greenwich sirve también para ocultar una verdad que es tan innegable como olvidada por la mayoría de la gente; y es que, en los polos, el tiempo *no puede existir*.

Además, el propio modelo actual, con su cuadrícula de coordenadas isogónicas, va exactamente en la dirección opuesta a la indicada por Dante.

Como se explica muy bien en la *Quaestio de Acqua et terra*, no hay ningún punto en el globo que pueda decirse excéntrico [*ecentricus*], es decir, que converge en un centro propio; pero cada punto, ya sea en la superficie de la tierra o del agua, debe ser necesariamente concéntrico [*concentricus*] y, por lo tanto, en relación radial con el mismo núcleo central[62].

Pero cuando las longitudes y latitudes ya no convergen en ningún polo, como ocurre en el planisferio de Mercator y en el sistema de husos horarios de Greenwich, sucede que a cada banda longitudinal se le asigna un número primo (las horas), y por consiguiente cada banda horaria acaba por referirse, al menos conceptualmente, a su propia polaridad.

Esto significa que, si aplicamos el mismo discurso que Dante desarrolla en su *Quaestio* al sistema planisférico contemporáneo, cada banda de tierra y océano se vuelve *excéntrica*; ya que, como en ese sistema cada banda no converge hacia un polo común, sucede que cada banda horaria acaba por *arrogarse* la posesión de su propio centro y polaridad específica.

Es decir: hay tantos polos como horas.

Este tipo de proyección será funcional *ad usum navigantium et mercantium*, pero también sanciona la desintegración de los polos que, al igual que dos átomos, se dispersan en una conflagración cartográfica.

****

Un aspecto bastante extraño de los acontecimientos geográficos de los últimos cinco siglos: aunque diseñado para la comodidad de los marineros, la proyección revolucionaria de Mercator inicialmente no fue bien recibida por los propios navegantes. Los capitanes y pilotos que encontraron en sus manos los primeros mapas dibujados según el modelo plani-esférico no los encontraron nada fáciles de leer. Esto lo admiten incluso los heraldos de la revolución de Mercator como Noble Wilford, los que se ven obligados a recordar que pasó un siglo entero antes de que los marineros 'entendieran el significado' de la proyección cilíndrica.[63]

****

En cuanto a la isla de San Brendán, también conocida como *la Isla Afortunada*, las leyendas medievales no están en absoluto interesadas en dar descripciones geográficas detalladas.

La *Navigatio Sancti Brandani* es además un texto extremadamente misterioso.

Parece tener el propósito de transmitir verdades bíblicas y espirituales, sí, pero con un lenguaje adecuado a la cultura y el imaginario de una civilización que, desde la mitología celta-druídica, se preparaba para pasar a la revelación bíblico-evangélica.

También hay varias asonancias interesantes entre la geografía islámica medieval y los ciclos legendarios irlandeses. Incluso San Brendán y sus frailes desembarcan en la misma isla de ovejas visitada por los *Mughrarin* de Idrisi; [64]pero a diferencia de los aventureros del *Libro de Roger*, los frailes irlandeses no encuentran la carne de los rebaños amarga e incomible. De hecho, por orden del propio abad Brendán, 'toman de los rebaños las víctimas necesarias para celebrar la fiesta'.

En este sentido, hay un detalle absolutamente digno de mención: porque la fiesta en cuestión es «el *Sábado* de Pascua».

El cristianismo celta primitivo, y con ello la compañía de San Brendán, de hecho siguió la tradición judía durante varios siglos para determinar la fecha de la Pascua, haciéndola coincidir al menos aproximadamente con el equinoccio de primavera.

El desacuerdo con el catolicismo romano sobre este aspecto duró hasta la época de San Columbano de Bobbio (siglos VI-VII) y más allá.[65]

En cualquier caso, al final del frenético viaje, la compañía de Brendán está destinada a llegar a una isla específica, que goza de un particular estado de bendición, tal como la *Terra Repromissionis Sanctorum*.

Esta tierra, prometida y perdida entre las vastas extensiones del océano, reúne aspectos vinculados al *Génesis* con imágenes y símbolos reinterpretados según la sensibilidad de la épica irlandesa o de esos ciclos conocidos como *Immrama* y *Echtrai* que narraban, respectivamente, viajes marítimos aventureros o búsquedas épicas de alguna tierra prometida[66].

La Plena Edad Media hizo convencionalmente coincidir esta isla con las *Insulae Fortunatae*, las actuales Canarias, y justo ahí salen en la *Mappa Mundi* de Hereford. Sin embargo, los eruditos más preparados recuerdan que, hasta el umbral entre la antigüedad y la Edad Media, los comentaristas ubicaron las *Insulae Fortunatae*, el tipo al que pertenece la isla de San Brendán, en el Lejano Oriente.[67]

En cualquier caso, en el texto de la *Navigatio*, el misterio de la *Terra Repromissionis Sanctorum* y su ubicación está sobre todo ligado al camino providencial que hay que recorrer para llegar a ella; de hecho, es «la tierra que habéis buscado durante mucho tiempo, pero que no habéis podido encontrar antes, porque Dios ha querido mostraros primero muchos de sus secretos en el inmenso océano».[68]

****

En la *Quaestio de aqua et terra*, Dante explica la tendencia de la tierra a elevarse en alturas y montañas con el argumento de la atracción magnética de la 'virtud de las estrellas'. «Por lo tanto,» escribe el filósofo florentino, «dado que los acontecimientos del mundo sublunar son similares a los del mundo sobrelunar, como afirma Ptolomeo, se deduce que, dado que el efecto del surgimiento de la tierra solo puede atribuirse al cielo de las estrellas fijas, como hemos visto, el poder específico de hacer emerger la tierra se encuentra en esa parte del cielo que domina la parte de tierra que emerge de las aguas. Y puesto que la tierra ha emergido del círculo equinoccial a la línea descrita por el polo del zodíaco alrededor del polo del mundo, como ya se ha señalado, se sigue que la propiedad de elevar la tierra se encuentra en aquellas estrellas que están en la región de los cielos entre estas dos esferas. Y no importa si esta acción se realiza por atracción, como ocurre en el caso de los imanes, o por empuje, a través de la generación de vapores, como ocurre en algunas zonas montañosas»[69].

****

Según un cliché centenario, el Purgatorio sería una invención de la Edad Media, es decir, un legado de la civilización católica.

Esta convicción se ha consolidado a medida que el cristianismo se ha dividido en diferentes confesiones, porque las convicciones (y convenciones) de este tipo suelen estar vinculadas a los intereses de las partes denominacionales en disputa, ya que se prestan a diferentes tipos de propaganda religiosa.

El *Tercer Lugar* de Lutero no es una excepción en este sentido[70].

El Purgatorio, como dimensión extratemporal en sí misma, es ciertamente una invención del todo arbitraria, porque, según la mentalidad católica, las almas llegan a ello sobre todo para evitar una condenación inmediata y sin apelación; de lo que no hay huella en la Escrituras.

Sin embargo, sería reductivo limitar a esta idea la imagen de la isla montañosa descrita por Dante. Esta de hecho tiene unas relaciones muy precisas con las Escrituras bíblicas. De hecho, la isla del «lito deserto»[71] en la *Comedia* no es en sí nada más que el camino de purificación necesario para regresar al Edén. Y el Jardín del Edén, no es necesario insistir en este punto, no es sólo parte integrante de las Escrituras, sino que constituye uno de sus aspectos más importantes desde el punto de vista del conocimiento geográfico medieval.

Es suficiente decir que el Edén se halla al sumo de muchos mapas de la Edad Media, como se ha visto ya con el *mappa mundi* de Hereford.[72]

Además, para comprender la necesidad de la *supervivencia* del Paraíso terrenal en la geografía de los siglos XIII y XIV es necesario comprender la concepción del espacio vigente en aquella época.

Como bien sugiere Jérôme Bâschet,

> «La Edad Media ignora la noción de espacio en el sentido hoy común, es decir, como espacio infinito, absoluto, continuo y homogéneo. A ella, prefiere la noción de lugar, definida como *contenedor de las cosas de las que es lugar*. Por lo tanto, la extensión no es un dato primario, independiente de los objetos que contiene, porque, por el contrario, el lugar no podría existir sin los objetos que rodea. Incluso la palabra *spatium* no designa nada más que el intervalo entre dos objetos. *Locus est ubi sit*, dice Isidoro de Sevilla: *el lugar es donde uno está*, es decir, donde está el objeto del que se habla. Esta fórmula, que, en su concisión, es suficiente para definir el pensamiento medieval de la extensión, nos recuerda la brecha que debe hacerse en relación con nuestra propia visión, que siempre es esencialmente newtoniana. En consecuencia, dado que la Edad Media no concibió la extensión de una manera neutral y homogénea, es indudablemente preferible, al menos cuando se trata de representaciones,

limitarse a hablar de *lugar* en vez de *espacio*, y de *localización* en vez de *espacialización*.[73]

Por consiguiente, la geografía medieval ve y comprende la vida después de la muerte y se abre a la trascendencia no como a una imposibilidad anhelada o como a algo inconcebible, sino como un viaje a través de una extensión del espacio terrenal, en el que las almas habitan en el lecho de la inteligencia divina.

Entonces, es un lugar que también es *tiempo*, aunque es un tiempo que encuentra su propia realidad más allá del tiempo ordinario.[74]

Por eso que, en vez de *más allá*, tendríamos que hablar de *mundo venidero*; un *mundo* difícil de ver para quién, como nosotros, todavía se encuentra experimentando la realidad externa que «abruma los ojos de la mente humana» y que, por lo tanto, permanece oculto hasta que «el alma esté atada y aprisionada por los órganos de nuestro cuerpo».[75]

****

Todo lo que se acaba de decir no conlleva la certidumbre de que la idea de un mundo venidero y transcendente fuera, *sic et simpliciter*, inmediatamente comprensible para la misma gente de la Edad Media.

No es casualidad que los viajes por el más allá tuvieran forma de hechos extraordinarios, leyendas, vagabundeos largos y agotadores que solo al final accederían a su destino. Destino que, muy a menudo, tiene la apariencia del Edén o un jardín de armonía intacta, dentro del cual el hombre encuentra su estado original e incorrupto, así como la integridad necesaria para contemplar los cielos espirituales.

****

Aquí no se trata de intentar algún revisionismo histórico, ni de soñar o imaginar restauraciones abstrusas de modelos geográficos o cronológicos que pertenecen al

pasado; ni de hacerse ilusiones sobre el posible retorno de ideales colectivos que parecen destinados a ser interiorizados por un número cada vez menor de sujetos.

Tampoco se trata de cuestionar la *funcionalidad* del sistema de Greenwich, aunque ella es debida más a una costumbre consolidada que no a su real razón de ser. Ese sistema – se note de paso – fue además tan bien planificado y políticamente suportado que llegó a absolutizarse en el espacio de unas pocas décadas, es decir los años anteriores y posteriores a la Primera Guerra Mundial.

Pero es precisamente en la absolutización de este sistema donde radica la cuestión y el problema fundamental: la creencia generalizada de que no hay y nunca ha habido, modelos alternativos y menos esquemáticos de medición del espacio y el tiempo.[76]

Los que emergen de los siglos europeos medievales son ciertamente modelos cronológicos y espaciales más eclécticos y ciertamente más inspirados que el actual y vigente. De todas formas, etiquetarlos como 'obsoletos' y residuos de supersticiones extrañas no ayuda a entenderlos.

En este sentido, sería necesario establecer de una vez por todas qué se entiende por 'mente estrecha', como dice Noble Wilford.

¿Es *estrecha* aquella mente que es capaz de concebir posibilidades más allá de lo puramente terrenal o aquella que las excluye categóricamente y *a priori*?

Desde este punto de vista, es ciertamente algo bueno que el lenguaje geográfico medieval haya sido completamente expulsado de las convenciones cartográficas actuales. Porque unicamente de tal manera ello puede ofrecerse, hoy, como una posibilidad concreta de investigación y estudio profundo, y revelar sus significados esenciales.

El origen edénico del lenguaje según Dante

¿Lugares como el Edén, la Jerusalén Ciudad Santa, las *Insulae Fortunatae* representaban, en la Baja Edad Media, solo convenciones geográficas, puntos cardinales en los que colocar una señal o una boya útil para colocarse en el espacio-tiempo?

En realidad, no.

Estos lugares, además de ser puntos geográficos, alimentaban un complejo de símbolos y argumentos que invitaban a los estudiosos a reflexionar sobre los orígenes tanto de lo humano como de lo sobrehumano, sin dejar de lado una comprensión más profunda de la naturaleza del hombre, con sus facultades y aspiraciones.

Para comprender esto, se necesita una actitud mental que sepa ir más allá de las disciplinas individuales; ni hay que entenderlo solo de forma general, sin enlaces con obras concretas, ya que es un aspecto de la mentalidad del *vetus ordo* occidental muy importante y que llega a brotar de donde uno menos se lo podría esperar. Este es el caso, por ejemplo, del tratado lingüístico de Dante Alighieri *De Vulgari Eloquentia*; tratado sobre la entonces naciente lengua italiana unificada y que el autor de la *Divina Comedia* escribió a principios del siglo XIV.

Se suele reducir la interpretación de este tratado a la cuestión lingüística; o se ve en ello sobre todo un escrito programático, en el que Dante iba madurando de forma teórica su estilo poético o con el que trataba de resaltar la belleza y los propósitos expresivos de la nueva lengua, sobre todo para proponer una noble síntesis de todos los diversos dialectos itálicos.

Estos, sin duda, son los temas principales de la obra.

Pero solo aparentemente.

De hecho, en *De Vulgari Eloquentia* se revelan conocimientos de carácter mistérico que no se suele destacar con la debida atención.

De entrada, hay que decir que en ello Dante revela conocimientos geográficos que, como veremos, tienen un enlace muy claro con el simbolismo espacial al que se hacía referencia al principio.

Él dice:

> «Pero nosotros, cuya patria es el mundo como el mar a los peces, aunque hayamos bebido en el Sarno antes de hincar los dientes, y amemos tanto a Florencia que sufrimos injustamente el exilio, precisamente porque la hemos amado, inclinaremos la balanza de nuestro juicio más bien en la razón que en el sentimiento. Ciertamente, para los propósitos de una vida placentera, y en resumen, de la satisfacción de nuestros sentidos, no hay lugar más amable en la tierra que Florencia; sin embargo, al leer y releer los volúmenes de poetas y otros escritores que describen el mundo en su conjunto y en sus partes, y al reflexionar dentro de nosotros mismos sobre las diversas posiciones de las localidades del mundo y su relación con ambos polos y el círculo ecuatorial, hemos sacado esta convicción, y la sostenemos firmemente: que hay muchas regiones y ciudades más nobles y más agradables que la Toscana y Florencia, de las cuales soy nativo y ciudadano, y que hay varios pueblos y ciudades que tienen una lengua más agradable y más útil que la de los latinos».[77]

Nótese, de paso, la ausencia total de cualquier tipo de fanatismo nacionalista en las palabras de Dante.

Por otra parte, poco antes del pasaje aquí citado, él había ya aclarado que «quien razona de un modo tan despreciable como para creer que el lugar donde nació es el más agradable que existe bajo el sol, también estima su propia lengua vernácula, es decir, su lengua materna, por encima de todas las demás, y por consiguiente cree que es precisamente la misma que perteneció a Adán».[78]

Sin embargo, es el concepto de *habitudinem*, es decir la relación constante entre puntos geográficos, el que asume aquí una gran importancia.

Según este concepto, todos los lugares del mundo tienen como una relación más o menos favorable y de mayor o menor armonía con las extremidades y con la circunferencia ecuatorial del globo. En el caso de Dante, ciertamente no se puede caer en un malentendido con respecto a cuáles son los lugares que gozan de mejor posición, ya que toda la primera parte de la obra está dedicada al lenguaje hablado en términos de un don divino que brotó del Edén.

Más allá de la cuestión lingüística hay también que destacar, la reflexión dantesca acerca del don providencial del lenguaje y sobre lo que ha representado para el hombre desde sus orígenes más remotas.

Inicialmente, el poeta de la *Comedia* esboza una distinción general entre lengua *naturalis*, o lengua nativa, y lengua *artificialis*, es decir, el lenguaje frío de los manuales, como el latín. Él acaba por reconocer a la primera una mayor nobleza y espontaneidad por ser más antigua y arraigada en la cultura de cada hablante[79].

Pero con esto no se debe entender que Dante considere todo idioma nativo noble, ya que es bien verdadero lo contrario. De hecho, hay que recordar que, además de las jerarquías lingüísticas que él introduce, él describe también un proceso de decadencia que ha afectado la mayoría de las lenguas vernáculas italianas.

Según Dante dice, o deja entender, los hablantes y sobre todo los poetas, deben de refinar su habla a medida que el tema tratado sea más elevado y sublime. Esto es un aspecto de fundamental importancia en la teoría expuesta en *De Vulgari Eloquentia*.

Pero para comprender esto es necesario seguir la teoría dantesca en sus partes esenciales.

Alighieri señala la lengua primordial en la lengua hablada por Adán en el Jardín del Edén. En este sentido, el Paraíso terrestre no representa solo una convención geográfica, sino que alude a un plano del ser en el que el lenguaje propiamente inefable del intelecto sobrenatural encuentra una forma inteligible para, por y en el hombre. Esta teoría sobre los orígenes ultraterrenales del lenguaje está ligada al así llamado idioma

adánico que, más tarde, se hubiera transmitido en las formas del hebreo bíblico[80] y que hubiera sobrevivido más o menos incontaminado hasta la maldición de la Torre de Babel[81].

Aquí es de fundamental importancia recordar que, según Dante la comunicación no es un proceso exclusivamente humano y semiótico, porque él mismo habla, y muy claramente, de la comunicación que ocurre entre intelectos angélicos. Como se lee en el propio *De Vulgari Eloquentia*, estos no requieren palabras ni interlocuciones para comunicar entre sí, ya que:

> «[…] los ángeles, para derramar sus pensamientos glorificadores, poseen una capacidad intelectual prontísima e inefable, en virtud de la cual cada uno se manifiesta plenamente al otro por su mera existencia, o más bien a través de ese espejo resplandeciente en el que todos se reflejan en la altura de su belleza y se reflejan con todo el ardor de su deseo: Por lo tanto, es evidente que no necesitaban ningún signo lingüístico».[82]

La referencia a una comunicación desprovista de todo *signum locutionis* se refiere aquí a un aspecto central de la reflexión lingüística de Dante (y no sólo), es decir, la diferencia sustancial entre el lenguaje humano y las virtudes intelectuales; estas últimas son de hecho descritas como completamente extrasensoriales − angélicas, desde luego − y de esas propias virtudes Dante ofrecerá un testimonio completo en la tercera parte de su *Divina Comedia*.

El lenguaje concedido como don al hombre primordial es, por tanto, diferente del lenguaje angélico porque, a diferencia de este último, necesita signos, formas y modos de expresión.

Desafortunadamente, la capacidad de pensar y emitir sonidos llenos de significado será una de las primeras habilidades humanas en ser corrompidas.

Si el hebreo de los primeros tiempos es «la forma de lenguaje que Adán hablaba», aquel en el que «toda su posteridad habló, hasta la construcción de la torre de Babel [*turris confusionis*] y que «los hijos de Heber, que fueron llamados hebreos por él», entonces «después de la confusión» quedó «solo para los judíos» y esto «para que

nuestro Redentor, quien por el lado humano de su naturaleza había de nacer de ellos, no disfrutase de un lenguaje de confusión, sino de un lenguaje de gracia».[83]

Este último pasaje aborda con decisión una cuestión muy problemática: la del hebreo como lengua sagrada y mesiánica a la vez, vista como expresión sonora del mismo soplo de la virtud que da la vida.

Pero cabe también decir que la predilección de Dante por el hebreo no está dictada ni por ninguna preferencia personal ni por consideraciones históricas, sino que está bien enraizada en un orden preciso de ideas que, como sucedía a menudo en la Edad Media, entiende cada acontecimiento histórico como el cumplimiento de las profecías bíblicas. Esta era también la forma de proceder de personalidades como San Bernardo de Claraval y Joaquín de Fiore, a quienes Alighieri contaba entre sus principales guías[84].

Todo el argumento sobre el don primordial del lenguaje subraya una vez más la centralidad del Edén y del lenguaje del Adán edénico, un código de pureza expresiva que, sin embargo, encontrará un enigmático punto de división en el caos babélico, un caos cuya figura principal será precisamente la confusión que envenena todos los códigos comunicativos humanos[85].

Es precisamente entre estos dos extremos, entre el candor de la lengua adánica y la superposición y confusión de lenguajes cada vez más enrevesados, alejados del modelo original, donde Dante injerta y desata la búsqueda de su *lengua ilustre*.

A pesar de que los dialectos regionales italianos representan *linguae confusionis* manadas de la Torre de Babel y, por lo tanto, son condenadas a dar vida a otras *linguae confusionis*, según el poeta florentino, es posible emprender un proceso de sublimación lingüística que, en el curso de su De *Vulgari Eloquentia*, se define de diversas maneras, sobre todo mediante metáforas incisivas, como la del «trabajo de tamiz»[86], la de la caza de la «criatura que hace sentir su olor en todas partes, pero que no se manifiesta en ninguna».[87]

No es casualidad que la tensión discursiva del primero libro del tratado se centre en gran medida precisamente en la crítica de las lenguas vernáculas, que a menudo son condenadas no solo por razones estéticas, sino porque están afectadas por una

pronunciada tendencia a lo salvaje y a lo feo, lo que afecta también a la disposición interior de quienes la utilizan. En efecto, en la concepción de Dante, el lenguaje no es simplemente una sustancia fonética, *signum locutionis*, sino también un vehículo de influencias inmateriales que brotan del alma (*virtus animans*).

El lenguaje exclusivo que Dante se compromete a acuñar es, por lo tanto, completamente inseparable del refinamiento interior necesario para su comprensión, ya que las palabras están destinadas a aludir a estados internos «*que no puede entender quien no los pruebe*»[88]; de hecho, aunque no sea la lengua adánica, el *vulgar ilustre*, gracias al sobredicho proceso de sublimación, sigue siendo una lengua dependiente de una inspiración trascendente.

De hecho, donde el Adán edénico «habló inmediatamente, tan pronto como fue investido por el soplo de la Virtud Vivificante»,[89] también el «[idioma] vulgar ilustre está investido de un magisterio y de un poder que lo eleva a lo alto, y eleva a los suyos a lo alto con honor y gloria».

****

Las sorpresas contenidas en *De Vulgari Eloquentia* no se reducen a lo que se acaba de decir. Aunque el tratado se quedó incompleto, en el segundo libro podemos encontrar aspectos puramente formales y estilísticos ligados a la *lengua ilustre*, que al mismo tiempo tienen mucho por decir acerca del lenguaje sublimado que Dante trataba de dejar en legado a sus herederos poéticos. Las características fonéticas de la poesía en lengua ilustre, el ritmo, las palabras que mejor se adaptan a una lengua que quiere liberarse de las cargas dialectales. Sin embargo, incluso en este segundo segmento de la obra tan técnico y específico, se podría esconder un verdadero tesoro, una clave de bóveda para el desciframiento del lenguaje de Dante; especialmente en relación con el *Paraíso*.

Escribe Dante, al definir aquellos términos del vulgar ilustre que destacan por su particular *suavidad*:

> «y definimos bien peinadas las palabras trisilábicas o muy cercanas al trisilabismo, sin aspiración, sin acento agudo o circunflejo, sin las dobles

consonantes z, y, x, sin líquidos geminados o colocadas inmediatamente después de una muda, en fin, las palabras casi suaves, que al pronunciarlas te dejan como una dulzura [*suavitate*, en el texto original] en la boca como

Amor, *Donna*, *Disio*,

Virtute, *Donare*, *Letitia*,

Salute, *Securtate*, *Defesa*».[90]

Este párrafo, de tono casi interlocutorio y que podría parecer una simple prescripción poética-estilística, puede en efecto acercarnos a la comprensión del lenguaje adoptado por Dante y por quienes tenían *el intelecto de Amor*. De hecho, los nueve términos se enumeran en un orden particular que parece recordar la relevancia que tienen en la poética del *Dolce stil novo* y, más allá, ofrecen analogías precisas con las esferas celestes descritas en el *Paraíso* dantesco. En estos nueve términos, toda la jerarquía espiritual que se disponía a desplegar en la última parte de su *Comedia* parece como sintetizada en unas pocas palabras.

La última de estas palabras, *Defesa* [Defensa], encaja muy bien con la descripción de la primera de las esferas celestes, la lunar, que, colocada cerca de la esfera de fuego, ofrece una verdadera defensa contra la dimensión mundana y profana a todas las demás esferas superiores.[91]

Con respecto a la penúltima palabra, *Securtate* [Seguridad], ella podría bien corresponder al cielo de Mercurio en el que residen los llamados espíritus activos, que ocupaban altos cargos, luchaban por la justicia y vigilaban la conducta de sus pueblos.[92]

La antepenúltima palabra es *Salud.*

Como es bien sabido, el término se refiere al saludo de Beatriz que, tanto en la *Comedia* como en el *Convivio*, vendrá a personificar la inteligencia trascendente, la sabiduría purificada[93]. El término *Salud* correspondería así al cielo de Venus, que es el cielo en el que la sombra del cono de luz producido por la tierra en oposición al sol se desvanece por completo[94].

La primacía de *Amor* y de *Donna* [doña/mujer] en el grupo de las nueve palabras no hace más que confirmar estas impresiones.

Los dos términos tienen, de hecho, una preeminencia absoluta en el simbolismo de la poética de Dante y de la *Comedia* en particular. Son símbolos, respectivamente, de la fuerza universal suprema y de la inteligencia trascendente; como tales, no pueden circunscribirse a una esfera planetaria precisa, sino que, por analogía, se remonta a la función del primer móvil y a la esfera de las estrellas fijas tal como se presentan en los últimos cantos del *Paraíso*.

Aquí pero no se apunta a ofrecer una interpretación sistemática y completa del tratado lingüístico de Dante, sino ofrecer una clave hermenéutica que cada estudioso y lector podrá utilizar para profundizar en la obra dantesca y en sus inagotables alusiones.

Greenwich

Un sistema de medición cronológica como el basado en el meridiano 0 de Greenwich solo puede tener sentido si todas las longitudes están perfectamente paralelas entre sí. No es casualidad que las proyecciones cilíndricas nacieran precisamente para que las intersecciones entre latitudes y longitudes fueran perfectamente isogónicas.

Este sistema no solo proyecta una imagen de mares y tierras emergidas *ad usum navigantium*, sino que también sienta las bases para un modelo cronológico lineal.

Un modelo en que las horas se suceden indistintamente, como si solo hubiera una diferencia puramente secuencial entre ellas. Esto sucede porque, al privar al espacio de cualquier polaridad, se acaba por neutralizar cualquier finalidad relacionada con el paso y sobre todo con la *extinción* del tiempo.

Por esa vía, el tiempo se reduce a una dinámica reproducible y, sobre todo, *simulable*: una compulsión a la repetición aprisionada en un mecanismo que no avanza hacia ningún objetivo, que excluye todo camino hacia cualquier éxtasis auténtico.

La mayoría no se da cuenta, pero desde un punto di vista espiritual los meridianos de cualquier planisferio son como barras de una celda.

Ya porque quitar el polo de un mapa supone quitarle el punto geométrico que representa el terminal de convergencia, el centro agregativo en el que el tiempo se suspende y el ser humano se puede elevar por encima de las contingencias prácticas, hacia un destino superior que finalmente lo libera de su existencia determinada e individual.

Esta es la razón por la que, en Dante, los polos geográficos y espirituales no coinciden; el ascenso hacia las esferas superiores del ser no debe encontrar su ímpetu desde un punto cuya centralidad depende de factores puramente

astronómicos o cálculos geométricos, sino en uno que tiene su propia razón de ser en un conocimiento espiritual, en alguna intuición capaz de trascender las mismas contingencias físicas y astronómicas. Los factores astronómicos, de hecho, por importantes que sean, representan solo elementos transitorios, destinados a cambiar con el paso del tiempo; La polaridad espiritual, en cambio, en virtud del simbolismo al que está vinculada, se refiere a lo imperecedero y a las realidades ocultas y trascendentes.

Por otro lado, con respecto al sistema de Greenwich, un tal argumento no tendría sentido, visto que es un sistema que ignora cualquier apertura a los Cielos intelectuales.

****

En los *mappae mundi* medievales, el norte no representaba la polaridad superior como en los mapas actuales, sino que solía estar a la izquierda del observador, mientras que en el lado derecho se extendía el Este, esa Asia que comenzaba con Jerusalén y terminaba en la costa coincidiendo con la actual China y, más allá de esta última, solo existía la isla edénica sobre la que dominaba el Logos universal. representado en las formas de Cristo en gloria.

Esto sucede, por ejemplo, en el maravilloso *Mappa mundi* de Hereford (Inglaterra).

Un mundo privado de cualquier polaridad, ya sea cronológica, geográfica o simbólica, es un mundo incapaz de converger hacia un portal extratemporal y, por lo tanto, de emprender una auténtica peregrinación; por esta razón, las mentes que lo habitan no ven nada más que la nada y la putrefacción después y más allá de la muerte: para ellos, el consumo y el fin de los tiempos nunca deben asociarse con un ascenso, a alguna reintegración de su alma en el absoluto original, pero siempre y en cualquier caso con un final *sine redemptione captivorum*.

La cartografía moderna, con su omnipresente proyección cilíndrica, no sólo ha influido en la percepción de los espacios, sino también y sobre todo en la del

tiempo y en el destino extratemporal del hombre. Aunque tuvo que pasar más de un siglo antes de que los marineros «entendieran el significado de la carta de Mercator», y aún más para que las poblaciones se acostumbraran al nuevo orden cronológico impuesto por el mundo eurocéntrico y anglocéntrico a empezar del siglo XVI.

Esos siglos coinciden con el tiempo en que los occidentales olvidaron el centro hacia el cual dirigir sus aspiraciones interiores y más auténticas. Al fin y al cabo, los que hoy se sigue llamando *peregrinajes* no son nada más que pecios de aquella época que siguen sobreviviendo – con formas casi irreconocibles – en las orillas del tiempo presente.

El *mappae mundi* medieval, en su mayoría modelado en el esquema T-O, es decir, en una T inscrita dentro de un círculo, tenía a Jerusalén en su centro. Su Oriente era realmente *cardinal*, porque ocupaba la parte superior del mapa. Esta disposición no surgió de una razón científica o exclusivamente geográfica, sino de una lectura analógica de lo existente, de modo que, si la luz del sol fluía desde el Este, necesariamente, en otro plano del ser, la luz divina también tenía que nacer de un Oriente espiritual.

No es una casualidad que *mappae mundi* como la de Hereford represente a Cristo entronizado juzgando a la humanidad colocada justo en la parte superior del mapa, es decir, desde esa 'isla ceñida de fuego' que así revela su verdadera naturaleza de *crisol del Logos*, un crisol en que el fuego tamiza y tamizando revela la naturaleza íntima de cada cosa.

En estos mapas convergen el conocimiento bíblico, el conocimiento geográfico, el simbolismo apocalíptico y, de nuevo, las leyendas más significativas de la Edad Media.

De hecho, el hombre medieval no tenía una concepción lineal del tiempo, sino que veía los acontecimientos, y con ellos toda la manifestación, preparada y desarrollada desde un centro propulsor, representado en el plano terrenal por la Jerusalén terrenal.

****

La cartografía renacentista no solo sancionó el comienzo de representaciones planesféricas listas para acomodar las cuadrículas isogónicas de los mapas modernos, sino que también comenzó ese proceso de limpieza de cualquier polaridad de orden superior que durante milenios había marcado los modelos representativos antiguos.

La centralidad atribuida posteriormente a Greenwich no solo es completamente convencional sino que, significativamente, no está directamente asociada a una polaridad, sino solo al punto de convergencia entre los dos polos y un área cercana a Londres.

Porque, ¿qué más es Greenwich, sino la sede de un observatorio científico?

Por otro lado, el sistema cronológico que gira en torno al suburbio londinense se remonta a la época de máxima expansión del Imperio Británico y es, a todos los efectos, un producto, un residuo (¿una superstición?) de esa época que no desde entonces ha sido posible eliminar.

Greenwich como meridiano 0 no fue finalmente aceptado hasta 1920, cuando cesó la oposición de Francia al nuevo sistema cronológico británico. Una disputa, la de París y Londres sobre el dominio del tiempo, duró más de tres décadas, desde 1884, año de la creación de la *Conferencia Internacional de los Meridianos*.

Incluso en ese momento, las implicaciones coloniales de esta «rigurosa sistematización del tiempo y el espacio» eran muy claras. Los dos contendientes tenían vastas colonias dispersas por gran parte del mundo y, por eso, todo el interés en centralizar el sistema cronológico planetario en sus capitales.

Al filo de 1920, el meridiano 0 de Greenwich dominaría todos los planisferios del mundo, sancionando la dominación británica sobre el espacio-tiempo de la Tierra. La llamaron ‘La hora definitiva’. Greenwich se encontraba en el centro de todas las longitudes, como el cráter fatal del que habría surgido todo el

desconcierto diario, la hora dominante la cronología mercantil, y como tal completamente desacralizada.[95]

****

A primera vista, el planisferio dividido en zonas horarias parece ser una proyección perfectamente legítima y funcional de las necesidades cronológicas del hombre: la tierra gira alrededor de sí misma y alrededor del sol y cada 15° de longitud de rotación equivale a una hora pasada en las esferas de los relojes.

Sin embargo, con tal sistema cronológico, cualquier convergencia de las bandas longitudinales hacia los polos norte y sur se pierde por completo; y con tal convergencia se pierde también toda posibilidad de que algún punto con vistas a la extratemporalidad pueda aflorar en la representación del globo terrestre.

De hecho, si consideramos las representaciones esféricas de la tierra, nos daremos cuenta inmediatamente de que, a medida que nos acercamos a los dos polos, el tiempo se vuelve cada vez menos medible, porque la porción de territorio que puede ser sometida a cualquier sistema cronológico se hace gradualmente más pequeña.

Solo sobre la base de la proyección cilíndrica de Mercator fue posible dar la ilusión de que las franjas horarias se distribuyen homogéneamente en todo el globo.

En este sentido, la impresión es que la cartografía moderna, desde su primer desarrollo, no ha tolerado la idea misma de extratemporalidad conectada a los polos y que, por consiguiente, ha intentado neutralizar su presencia. Esa misma cartografía no ha llegado hasta a la época presente negando la esfericidad de la tierra, sino difundiendo en el uso práctico y cotidiano esa percepción cilíndrica y planisférica del globo que luego se ha impuesto en el imaginario colectivo como una representación no solo admisible sino, en todo caso, útil.

Y así, mientras que en la Edad Media se daba por sentada la presencia de algún polo en cualquier representación cartográfica, la modernidad ha llegado a ocultar

a las masas populares la cuestión de las polaridades geográficas (y simbólicas) que, por su misma naturaleza, deberían siempre recordar al hombre que, sí, siempre es posible proyectarse más allá del tiempo.

De esta manera, todo ha sido encerrado en una red de latitudes y longitudes en la que cada milímetro cuadrado se ha convertido en objeto de medición y mercantilización, la que, en definitiva, es la verdadera naturaleza del tiempo *ad usum navigantium*: un tiempo en el que todo tiende a la cuantificación, y nada deja escapar a las medidas vigentes.

****

Joseph Conrad, nacido Józef Teodor Konrad Korzeniowski, fue un novelista único.

Su prosa puede sonar poco concisa, a veces dispersa. Comprender a Conrad requiere la determinación y el impulso necesarios para superar páginas y páginas minuciosamente descriptivas y, algunos incluso podrían decir, no dignas de mención.

En las novelas del escritor anglo-polaco, sin embargo, actúa una fuerza cambiante e impredecible, capaz de transportar la sustancia íntima de frases aparentemente ineficaces hacia la enunciación, repentina, de conceptos cristalinos y agudos sobre el destino último del hombre y la historia.

Tras abrir de esta manera, a través de epifanías inesperadas, el portal de las apariencias habituales, las novelas de Conrad a menudo revelan las fuentes envenenadas que atormentan lo existente, las dinámicas íntimas que envenenan y pervierten el alma humana.

En *La línea de sombra* [*The Shadow Line,* 1917], el personaje principal se dirige al lector y anuncia lo siguiente: «una humanidad que ha inventado el proverbio 'el tiempo es dinero', bien entenderá mi frustración. La palabra 'retraso' entró en la habitación secreta de mi cerebro; ahí resonó como un repique de campana que vuelve loco el oído, impactó mis sentidos, adquirió una coloración negra, un sabor amargo, un significado mortal»[96].

¿Qué será un retraso en la vida del abismo, en el conjunto de ciclos estacionales, nunca agotados, que sostienen los océanos, las corrientes telúricas y los movimientos del alma humana? La palabra 'retrasos', sin embargo, parece convertirse en un aguijón despiadado, que puede hasta conducir directamente a la locura, a los ataques babeantes de una sala psiquiátrica, para la generación, para la *civilización* que ha fijado el mecanismo del tiempo, anclándolo a las nieblas escamosas de la vieja ciudad de *Londinium*.

En la obra de Conrad, este agudo asalto a la lucidez humana por medio de la locura cronométrica aparece como una molestia predominante e ineludible.

El imperio marítimo británico, la llamada *talasocracia*, ha impuesto al mundo entero la más totalitaria de las concepciones cronológica de la que emanan refranes aberrantes como el que aterra al anónimo protagonista de *La línea de sombra*: 'El tiempo es dinero'. Ya no se trata de un tiempo que pueda de alguna manera conducir fuera del tiempo, a algún *mundo venidero*, sino un tiempo que solo permite – en el mejor de los casos – adquirir poder financiero.

El tiempo y el espacio *ad usum navigantium et mercantium* son, por lo tanto, los únicos aceptables dentro del espacio británico.

En este sentido, habría que releer el íncipit seco y fulminante de *La línea de sombra*: «Solo los jóvenes tienen de estos momentos. No quiero decir los muy jóvenes. No. Los muy jóvenes, hablando con propiedad, no tienen ningún momento».[97]

Conrad nunca es frívolo, incluso cuando lo parece.

Crecer, adaptarse al mundo significa dejarse corromper por la cognición del tiempo que prevalece en él, significa *tener momentos*.

De hecho, la embriaguez de la primera juventud fluye precisamente del transporte de vivir un día interminable, inmerso en luces con gradaciones cambiantes, pero en la extrañeza mística de cualquier cronología rígida; Más tarde, la sociedad, con sus intereses omnipresentes, con sus convenciones imprudentes, toma medidas para erradicar esa ligereza de borrachera de cualquiera.

Por todo esto, se puede decir que el imperio británico de los mares ha tratado, y a veces logrado, de arrebatar de los corazones de los hombres ese empuje hacia lo extratemporal que siempre caracterizó algunos seres humanos. El tiempo de Greenwich, que es un tiempo en todo y por todo totalitario, ha acabado por rebanar el mundo en segmentos, en bandas paralelas, con la misma frialdad premeditada de un cirujano o de un asesino metódico.

El Conrad de la madurez era muy consciente de esto.

No es casualidad que, aproximadamente una década después de *La línea de sombra*, dedicara una novela entera a la historia de un grupo de anarquistas *y diplomáticos,* obsesionados con la idea de volar el Observatorio Real de Greenwich.

****

«Los eruditos han dividido la cuarta parte habitada de la tierra en siete climas, cada una de los cuales corre paralelo al ecuador, de oeste a este. Estos climas *no son reales*, sino líneas imaginarias, fijadas e inventadas por la astronomía».[98]

Cuando se comparan con el sistema cronológico y cartográfico actual, estas palabras de Idrisi suenan, al mismo tiempo, remotas, inadmisibles y reveladoras.

Incluso el dominio británico sobre el mar del tiempo se basa en líneas *falsas* y *antinaturales*, líneas de sombra que se creen reales e inamovibles y que han hecho de todo el planeta un dispositivo mecánico, algo parecido a un dispositivo dominado por cada medida milimétrica.

Una operación que comenzó entre los siglos XVII y XVIII, los siglos del *Relojero loco* (e inflexible) John Harrison, que ideó los instrumentos cronométricos necesarios para establecer las longitudes, antes de que la última campanada del tiempo antiguo resonara a través de las brumas de Greenwich.

****

Greenwich es el no-centro, una de las matrices de la disolución contemporánea, la fuerza motriz y el mecanismo giratorio que ha borrado irreparablemente toda geografía sagrada de la faz de la tierra.

Londres, la ciudad de los puentes siniestros y fantasmales, no es en realidad más que el extenso y frío monumento del brutal vacío que irradia del meridiano 0. Un centro que no reúne, que no se llama a sí mismo, como las peregrinaciones de todos los tiempos; sino que rechaza, dispersa y se coloca en el origen de la locura de toda mente asediada por las ansiedades de un tiempo dado para irremediable e incapaz de toda redención.

El agente secreto, quizá la obra más epifánica de Conrad sobre el tema, encuentra en los sucesos del anarquista Verloc una estratagema bastante irónica para narrar un atentado terrorista contra el Observatorio Real de Greenwich; un plan sobre el que el señor Vladimir, instigador del atentado, tiene ideas muy precisas y hasta adamantinas.

Verloc además de ser un anarquista, es también un infiltrado dentro del grupo anarco-insurreccional en Londres, en nombre de una *Embajada* no especificada desde la cual el propio Vladimir mueve sus peones. Este último, al ordenar el ataque a Greenwich, no exige, sin embargo, una masacre *simple*, porque él es «una persona civilizada a la que nunca se le ocurriría organizar una matanza pura y simple, incluso si gracias a ella se pudieran obtener los mejores resultados».

Vladimir declara a Verloc: «Ustedes, los anarquistas, deberían declarar que están absolutamente decididos a acabar con todo el edificio social. Pero el problema está en ¿cómo se puede introducir una idea tan absurda en la cabeza de las clases medias, de modo que ya no puedan surgir malentendidos? La respuesta es la siguiente: dirigiendo vuestros golpes contra algo que está más allá de las pasiones comunes de la humanidad. Por supuesto, está también el arte… una bomba en la *National Gallery* causaría algo de revuelo; pero no sería algo lo suficientemente serio. El arte nunca ha sido un fetiche de la clase media. Sería como atravesar la parte trasera de la casa de un hombre; mientras que, si quieres

que el propietario salte consternado, al menos debes levanterle el techo. Alguien gritaría, por supuesto, pero ¿quién? Artistas, críticos de arte... Personas que no cuentan para nada y a las que nadie escucha. Pero hay cultura, ciencia. Cualquier imbécil con un poco de dinero lo cree. No sabe por qué, pero está convencido de su importancia. Es el fetiche sacrosanto de hoy. Todos estos profesores son, rasca y rasca, unos radicales. Avisadlo, por tanto, de que de una vez su ídolo (*panjandrum*) tiene que irse para dar espacio al futuro del proletariado».

La de Vladimir es, evidentemente, una ironía muy aguda. El destino del proletariado, de por sí, le da absolutamente igual; tampoco pretende coser una teoría creíble y bien compuesta, sino solo convencer a Verloc – que es a su manera un anarquista auténtico – de la necesidad de organizar un ataque con todos los expedientes y los fundamentos ideológicos necesarios en regla.

Por lo tanto, el lugar del atentado debe estar por encima de las partes; debe ser un lugar que todos consideren como una piedra angular y esencial de la nueva organización social.

Con respecto a todo esto, Vladimir es, como siempre, enigmático y claro al mismo tiempo: «El crimen circula constantemente entre nosotros, es casi una institución. No, el acto demostrativo debe dirigirse contra la cultura, contra la ciencia. Pero no todas las ciencias se prestan a este propósito. El ataque debe tener todo el absurdo repugnante de una blasfemia gratuita. Dado que su medio de expresión son las bombas, verdaderamente expresivo sería una bomba lanzada en las matemáticas puras. Pero esto es imposible. He tratado de instruirlo, Verloc; le expliqué la alta filosofía de su profesión, le sugerí algunos argumentos valiosos. Pero desde el comienzo de la discusión, también busqué el aspecto práctico de la cosa. ¿Qué pensaría usted de darle un toque a la astronomía?»

Sin embargo, Verloc reacciona a estas palabras con gran desconcierto. Conrad describe en detalle su actitud torpe e impulsiva. El propio Verloc también parece representar una especie de personificación del estilo del escritor anglo-polaco: cohibido, generoso, trágicamente volcado hacia su propio fin.

Vladimir, a veces descuidando su perspicacia sobrehumana, no deja de acudir en su ayuda, dándole explicaciones más detalladas: «No se puede desear algo mejor que esto. Tal crimen reuniría el mayor respeto posible por la vida humana y la manifestación más alarmante de locura feroz. Desafío la capacidad de cualquier periodista para convencer al público de que cualquier miembro del proletariado tiene razones para guardar rencor personal contra la astronomía. Hasta sería difícil explicarlo en razón del hambre… ¿Eh? …y tampoco los beneficios terminarían ahí. Todo el mundo civilizado ha oído hablar de Greenwich; incluso los limpiabotas en el túnel de *Charing Cross* saben algo al respecto».[99]

****

La centralidad de Greenwich presupone la centralidad de la ciencia. No de *las ciencias*, o sea de un conjunto de disciplinas comparadas y válidas ahora para una ahora para el otro campo de aplicación, sino de *una sola* ciencia, absoluta y totalitaria.

En su lucidez alucinatoria, Vladimir lo dice bien: «El acto demostrativo debe estar dirigido contra la cultura, contra la ciencia. Pero *no todas las ciencias* se prestan a ese propósito». De hecho, el instructor de Verloc sabe bien que también sería lícito admitir una pluralidad de ciencias, un debate que tiende al concordato entre intelectos superiores; pero tal idea de ciencia se presenta como inconveniente, e incluso imposible, en la dinámica del *agente secreto* de Conrad. De hecho, se percibe como incompatible con una sociedad, como la inglesa de principios del siglo XX, que ha sacralizado la única ciencia, la ciencia del *Observatorio Real*, hasta el punto de convertirla en 'el fetiche de la clase media', y no solo.

Los acontecimientos de Verloc son una muestra de las dinámicas que guían a una sociedad ahora rehén de la cronometría más rígida y el más absoluto de los racionalismos; y, al mismo tiempo, de las dinámicas y estrategias -no menos racionales- que pueden sumir a una sociedad así en el caos y el caos. Porque una

sociedad esclavista del pasado medida a la milésima parte es la más expuesta a los efectos del terror masivo.

****

Los hechos históricos siempre son muy persuasivos, casi hipnóticos, cuando adquieren la apariencia de un acontecimiento ineluctable, imposible de evitar. La centralidad de Greenwich es uno de los muchos hechos inevitables que han ocurrido a lo largo de la historia; lo que se preparaba desde cuando se fundó el *Observatorio Real* de Greenwich en 1675, por iniciativa de John Flamsteed, astrónomo y enemigo acérrimo de Isaac Newton.

Sin embargo, levantando el manto del tiempo, uno se da cuenta de cómo, bajo el tictac de los confiables cronómetros ingleses, Greenwich era solo uno de los innumerables puntos en los que se podría haber trazado el meridiano 0[100].

Antes de que el dominio sobre el tiempo fuera impuesto por las costas de caliza, creta y arenisca de Inglaterra, era necesario imponer la nueva cronometría como un mecanismo irrevocable e imparable, capaz de mantener a raya a toda la raza humana.[101]

Esta es la naturaleza del tiempo de Greenwich: el que brota de un centro que no reúne, que no llama a sí mismo, como las peregrinaciones de todos los tiempos; sino que, por el contrario, dispersa, conduce a la locura, a la negación de todo *Kairós* posible, del momento y del signo 'querido desde arriba'.

Incluso Thomas Stearns Eliot, un investigador obstinado de las apariencias más insignificantes, dejó huellas tangibles de esta conciencia, en el suelo profanado de su *Tierra Baldía* [*The Waste Land*, 1922].

To leeward, swing on the heavy spar. The barges wash Drifting logs Down Greenwich reach Past the Isle of Dogs. Weialala leia Wallala leialala

El río rezuma
petróleo y alquitrán
Las barcazas van a la deriva

con el cambio de marea
Velas rojas
anchas
a sotavento, giran sobre pesados mástiles.
Las barcazas enjuagan
troncos a la deriva
hacia el tramo del río Greenwich
más allá de *the Isle of Dogs*.
Weialala leia
Wallala leialala[102]

efectivamente, así es: «troncos a la deriva/ hacia el tramo del río Greenwich».

Cada pilar, cada dintel, cada elevación hacia el techo hecho de estrellas, con sus virtudes perennes, se derrumba y es arrastrado «a la deriva, hacia el tramo del río Greenwich».

La construcción subyacente a los meridianos e intervalos que gobiernan el movimiento de las agujas de los relojes es lo que la antigua Albión impuso al mundo entero. De ahí deriva el previsible drama de la era contemporánea. El motor imparable y alucinatorio que, como un mecanismo privado de toda piedad, sega y devasta cualquier impulso, cualquier aspiración real a liberar al hombre de su finitud y sus débiles temblores.

¿Cuáles son las raíces que agarran, cuáles las ramas que crecen
de estos residuos pedregoso? Hijo del hombre,
tú no puedes decirlo, ni adivinarlo, porque solo conoces
una pila de imágenes rotas, donde late el sol,
y el árbol muerto no da refugio, el grillo ningún consuelo,
y la piedra seca ni un sonido de agua.[103]

****

En el *Libro de Roger*, Idrisi así describe el Atlántico norteoriental: «Dado que [las costas de Bretaña] están bañadas de oeste por el Mar Oscuro, las nieblas y las lluvias llegan constantemente allí y el cielo está constantemente nublado, especialmente sobre los lugares costeros de este mar. Las aguas de este Mar son profundas y de color oscuro y las olas se elevan inquietantemente allí. Su profundidad es considerable, y la oscuridad reina allí continuamente. Hay una cierta cantidad de islas deshabitadas allí. Pocos son los que se atreven a aventurarse en él; y los que lo hacen, aunque dotados de conocimiento y la audacia necesaria, hacen breves cabotajes sin salir nunca de la tierra; y nuevamente, el período favorable para tales envíos se limita a los meses de agosto y septiembre. Los que navegan allí son en su mayoría miembros de un pueblo conocido como los ingleses, o habitantes de Inglaterra, una isla considerable, que incluye muchas ciudades, campos fértiles y ríos, y de la que hablaremos más tarde con la ayuda de Dios»[104].

****

La época que más se enorgullece de haber erradicado toda concepción arcaica y obsoleta es la misma que ha hecho un uso constante, cada vez más extendido e intensivo, de una proyección geográfica sin polos, es decir, la proyección *menos esférica* que se pueda imaginar.

El planisferio de Mercator, de hecho, tan adecuado para las consultas rápidas de cualquier usuario de *internet* [*red de por medio*], es el mismo que ha hecho olvidar a las mentes modernas que, entre lugares y polos, hay un *habitudinem* preciso, que los hace más o menos habitables, más o menos armoniosos.

Las desproporciones de la proyección cilíndrica de Mercator también proporcionaron una base perfecta para el modelo cronológico totalitario que el Imperio Británico impuso a todo el planeta a partir de la fundación del observatorio de Greenwich [*primera piedra colocada el 10 de agosto de* 1675]. Y aquellos que

dominan el espacio, incluso con modelos poco confiables, están destinados a dominar también y necesariamente sobre la medición del tiempo.

Sin embargo, no debe creerse que la consolidación de este abrumador poder cronológico y espacial no requirió su propio *polo*, su propio sustituto de Jerusalén:

> Y el semblante divino
> brilló sobre nuestras colinas nubladas?
> ¿Y fue Jerusalén edificada aquí
> entre estos oscuros molinos satánicos?[105],

Ya en los versos de William Blake emerge una nueva Jerusalén, aunque rodeada de 'molinos satánicos'.

EPÍLOGO*

Como se mencionó al principio, el libro-atlas de Idrisi describe en detalle las tierras entonces conocidas por los habitantes de las costas mediterráneas; pero relata también una muy breve historia de barcos y aventureros que navegaron a través de las espesas nieblas del océano occidental.

El Mare Tenebrarum *descrito por Idrisi, masa de nieblas apestosas y aguas impredecibles, es un vasto continente acuático salpicado de islas de todo tipo: setenta mil, según el geógrafo sículo-magrebí, porque existe un vínculo directo entre el hemisferio de aguas y el simbolismo del número siete.*

San Brandán viaja durante siete años, amarrando cíclicamente más o menos en las mismas islas; el Purgatorio de Dante consta de siete grados; en el Atlántico de Idrisi hay setenta mil islas, etc.

No sabemos si los Mughrarin *zarparon de Lisboa para visitar las setenta mil islas del* Oceanus Occidentalis*. No se debe ser literalistas, y aun menos con respecto a cosas como estas. En* el Libro de Roger *solo se dice que el objetivo de los ocho aventureros era* saber qué había en tal océano y cuáles eran sus límites.

Lo sabemos muy bien, los Mughrarin *nunca alcanzaron tales límites.*

Del Océano que ahora se conoce como Atlántico*, ellos exploraron solo unas pocas islas, como la isla de las ovejas, donde encontraron* un manantial de agua corriente y una higuera silvestre *y donde no pudieron comer la carne de los rebaños porque era demasiado amarga por lo cual acabaron por contar con nada más que con lo que lograron pescar.*

Así que zarparon otra vez y navegaron hacia el sur durante otros doce días, hasta que llegaron a una isla que parecía próspera y cultivada*. Lo cierto es que*

estaba habitada*, tanto que fueron rodeados por barcos, hechos prisioneros y llevados a tierra firme. Desde las ventanas de la prisión, podían ver hombres de piel bronceada y cabello fino, rubio y lacio (*non crépus*, como se dice en la traducción francesa de Jaubert), ni faltaban mujeres de* rara belleza*.*

Un hombre, capaz de hablar árabe, los interrogó y los Mughrarin *le confesaron sus andanzas y desventuras, pero también el propósito de su viaje.*

Tras comprobar que tenían intenciones pacíficas, fueron llevados a la presencia del rey. La isla era desde luego un reino insular y el soberano del lugar quería entender quiénes podían ser aquellos navegantes sin rumbo que sin previo aviso habían llegado a sus costas.

Después de una serie de preguntas y respuestas traducidas por el intérprete, los Mughrarin *fueron al grano:* Nos embarcamos para ver cuáles eran los límites extremos del Mar occidental.

Ante una confesión tan ingenua e infantil, el rey se puso divertido.

Tras reírse un poco, mandó al intérprete que éxplicara, a esos navegantes de limites extremos, *lo siguiente:*

Una vez, mi padre mandó a algunos de sus esclavos que se embarcaran en este mar, y lo navegaran por lo largo durante un mes, hasta que la luz del cielo faltó por completo, y se vieron obligados a abandonar la vana empresa.

Con estas mismas palabras, el soberano excluye la posibilidad de que los extremos del océano occidental puedan encontrarse alguna vez; quizá porque, en cualquier caso, en sus extremos, tanto el día como cualquier otra cosa nunca estará visible*.*

****

Cuando se levantó el viento del oeste, los Mughrarin *fueron vendados y embarcados para ser transportados a la costa bereber; luego, agotados por la navegación y las privaciones, desembarcaron cerca de Safi, en la costa del Magreb occidental.*

Allí conocieron a los lugareños. Estos les mostraron el camino de regreso a Lisboa, pero uno de los bereberes les dijo también que, desde Safi, se necesitarían al menos dos meses de viaje para llegar a Lisboa; justo entonces, otro bereber, el que parecía el más distinguido entre ellos, pronunció la expresión Wasafi; *así por lo menos la transcribe el traductor francés Jaubert.*

Esta interjección parece significar algo similar al español ¡ay!*; de hecho, en la traducción francesa le corresponde la expresión* ¡hélas!

Pero el significado literal de Wasafi *es en realidad algo así como* ¡ay mi dolor! *o incluso* ¡ay mi pesar!*; es decir, algo parecido al castellano* ¡pobre de mí! *aunque tuviese un significado quizá más extenso, ya que la misma expresión, en la obra de Idrisi, parece destinada a afectar tanto el mensajero como el oyente.*

Según lo que leemos en el Kitāb Rujār*, el nombre de la ciudad de Safi habría derivado de esa misma forma* Wasafi*. Esta sería una etimología algo asombrante, ya que, si así fuese, la exclamación de un momento hubiera dado el nombre a una ciudad milenaria como Safi.*

Pero esta etimología, por más que pueda sonar evocadora y tan rica en significados y confluencias semánticas, no tiene mucho crédito hoy.

Sus habitantes la llaman Asfi*, y se suele pensar que el nombre proceda de la raíz bereber* Sefi *o* Asefi*, que pudiera referirse a la imagen de las inundaciones como a la de las aguas aluviales. No se debe olvidar la presencia del cercano río Tensift. Tanto como la milenaria y vehemente del Océano justo frente a la ciudad.*

Sin embargo, como es sabido, cuando se habla de etimologías siempre hay sitio para lo impensable y hasta lo imposible, ya que por asonancias y consonancias se puede llegar a conclusiones que, por otras vías, serían inasequibles.

****

La historia de los emisarios del padre del rey enviados a desafiar a los limites desconocidos de Occidente, tal como él mismo rey la cuenta a los Mughrarin *suena*

como una recreación algo enigmática; pero al mismo tiempo ella parece aludir a los exploradores de fáciles ilusiones y a una parábola sobre la que merece la pena meditar.

De hecho, el libro de Idrisi está bastante imbuido de las nieblas que anuncian las fronteras entre geografía y simbolismo. Quizás el rey de la isla desconocida les encomienda esta parábola justo a los Mughrarin *porque ellos no solo tuvieron la osadía y la imprudencia de desafiar el Mar Oscuro, sino porque al mismo tiempo no tuvieron la arrogancia suicida de seguir en su búsqueda contra las alusiones salinas llevadas por los dichos que logran perforar toda apariencia.*

El Libro de Roger *enfatiza, a través de la epopeya de los* Mughrarin*, un precioso testimonio sobre los remotos viajes a través del* Mar de las Tinieblas *y, en general, sobre la búsqueda de cualquier frontera, ya sea geográfica, existencial o espiritual.*

Además, la historia contada por el rey parece esconder pistas preciosas sobre la visión medieval del océano occidental. De hecho, en el Libro de Roger*, junto a la epopeya fulminante de los* Mughrarins*, no solo se transmite una crónica de los viajes por el Mar de las Tinieblas, sino también un signo, una intuición profunda con respecto a la búsqueda de cualquier frontera; tal vez porque cada frontera geográfica, al revelarse ilusoria, abre el camino a una mayor comprensión simbólica.*

Detrás de las hazañas de los Mughrarin, *se puede hasta contemplar aquella noche eterna en la que se corre el riesgo de navegar rumbo oeste creyendo que el oeste pueda llevar a una destinación definitiva y reveladora. Mucho más simplemente, detrás de las sirenas, de los monstruos, y de toda imaginación que ha habitado la alta mar desde el tiempo más remoto, al pasaje del límite norteoccidental, solo sucede que* la luz del cielo*, de un momento a otro,* falla.

Continuando mar adentro hacia el Oeste *solo se avanza en la dirección de la puesta del sol; y, de acuerdo con la concepción geográfica del mismo Idrisi, quien*

se aventura por ese rumbo solo llega a entregarse a una deriva perenne, en una región acuática desprovista de límites porque carente de la luz necesaria para establecerlos.

Navegar exclusivamente hacia Occidente significa, por lo tanto, viajar hacia el olvido de Oriente; o en la dirección opuesta al amanecer, sabiendo que solo el Oriente transcendente puede ser el antídoto eficaz contra toda desesperación.

Por el contrario, detrás del umbral del Extremo Occidente *no queda nada más que una noche interminable, ya que esta coincide con la desintegración de quien viene a explorarla.*

Claramente, la ambivalencia entre desintegración y liberación es racionalmente irresoluble y solo puede encontrar una solución en la suspensión de juicio que es típica del silencio místico.

En este sentido, la parábola de los Mughrarin *puede encontrar innumerables interpretaciones: la más inmediata de las cuales evoca la desorientación y sus consecuencias más nefastas, ya que no hay peor olvido que el que viene a buscar y sancionar un límite ficticio.*

NOTAS

* El prólogo y el epílogo se basan en Idrîsî, *La première géographie de l'Occident*, a cargo de Henri Bresc y Annliese Nef, traducido parcialmente por Pierre Amédée Jaubert Flammarion, París, 1999, pp. 267-269, y en la traducción completa y original del propio Jaubert que se encuentra en *Géographie d'Édrisi*, Tomo II, Chez Arthus Bertrand, Libraire de la Société de Géographie, París, 1840, pp. 26-29.

---

[1] Ramon Llull, *Quaestiones solubiles secundum processum artis inventivae et demonstativae*, mss. 3366, Biblioteca Nacional de España, q. 154, art. 3.

[2] *Ivi*, art. 2.

[3] Véase globo terráqueo en el manuscrito de John Gower (1330-1408), en *Vox Clamantis*, c. 1400, Biblioteca de la Universidad de Glasgow:

[4] Novalis, *Inni alla notte, Canti spirituali*, Feltrinelli, Milano, 2012/2024, V, p. 77 [Ed. or. 1797-1800]: «Einsam und leblos stand die Natur. Mit eiserner Kette band und die dürre Zahl und das strenge Maaß», *TdA* [Traducción al castellano del autor].

[5] Interesantes en este sentido son las reflexiones de Mircea Eliade contenidas en *The Sacred and the Profane: The Nature of Religion*, Harcourt, San Diego, CA, 1987, p. 32.

[6] *Géographie d'Édrisi*, Volumen I, *Prolegómenes*, traducción P. A. Jaubert, Imprimerie Royale, París, 1836, *Prolégomènes,* p. 1 e *ivi*, p. 3: «La terre est essentiellement ronde, mais non point d'une rotondité parfaite, puisqu'il y a des élévations et des bas-fonds, et que les eaux coulent des unes aux autres» [«La tierra es esencialmente redonda, pero no de una redondez perfecta, ya que tiene relieves y depresiones y las aguas fluyen de una a otra», *TdA*].

[7] Ramon Llull, *Quaestiones solubiles*, *op. cit.*, q. 154, art. 2.

[8] *Relación del Primer Viaje de D. Cristóbal Colón*, miércoles 26 de diciembre 1492, en *Relaciones y Cartas de Cristóbal Colón*, Biblioteca Clásica, Tomo 164, Biblioteca de la Viuda de Hernando y C[a], 1892, p. 430. Se ha utilizado también la edición italiana C. Colombo, *I diari di bordo*, Edizioni Studio Tesi, Pordenone, 1992; en esta, no se habla simplemente de *conquista de Jerusalén*, sino de «Santa crociata», *ivi*, p. 49.

[9] Fernando Colombo, *Le Historie di Cristoforo Colombo scritti dal figlio Fernando*, Massari, Bolsena VT, 2006, p. 55; texto italiano de Alfonso Ulloa de la primera edición de la imprenta de Francesco de' Franceschi Sanese, Venecia, 1571, *TdA*.

[10] *Purg*., XXVIII, 2. Todas las traducciones al castellano de las citas de la *Divina Comedia* son *TdA.*

[11] Cf. *Relación del Primer Viaje de D. Cristóbal Colón, op. cit*., p. 430; en *I diari di bordo*, *op. cit.*, pp. 131-134.

[12] El primero, un monje de la Cartuja de Sevilla, transcribió muchos de los textos de Colón y recibió el fundamental *Libro de las Profecias*; el segundo, obispo de Chiapas, en el México actual, editó y complementó los *Diarios de a bordo* de Colón.

[13] A este respecto, cf. *Libro de Profecías*, Ms. or. [Biblioteca Capitular y Colombina, Catedral de Sevilla, 1504], foll. 5; 6r y 20r-v, así como las profecías evangélicas citadas en *Libro de Profecías* en *Relaciones y Cartas, op. cit.,* pp. 328-342.

[14] *Carta del Almirante D. Cristóbal Colón al Ama que había sido del Príncipe Don Juan* (Fines del año 1500), en *Relaciones y Cartas*, *op. cit.*, p. 334, cf. Colombo, *I diari di bordo*, *op. cit.*, p. 160

[15] *Relaciones y Cartas*, *op. cit,* p. 333: «Ya dije que para la esecución de la impresa (le las Indias no me aprovechó razón ni matemática ni mapamundos: llenamente se cumplió lo que dijo Isaías». En Ms. or., 1504, fol. 5: «*Ya dise que para la hesecuçión de la ynpresa de las Yndias no me aprovechó rasón, ni matemática, ny mapamundos; llenamente se cunplió lo que diso Ysayas*»; se refiere a Isaías 65, 17: «Ya que yo creo nuevos cielos y nueva tierra; no se recordarán las cosas del pasado; ellas no volverán jamás a la memoria».

[16] *Apocalipsis*, 21, 1-2.

[17] Καταβαίνουσαν ἐκ τοῦ οὐρανοῦ, en el texto original.

[18] *Libro de Profecías*, en *Relaciones y Cartas*, *op. cit.,* pp. 326-342.

[19] *Ivi*, *Carta del Almirante al Rey y la Reina*, p. 31.

[20] Colón, C*arta del Almirante D. Cristóbal Colón, al ama de casa que había sido del Príncipe D. Juan, Fines del año 1500*: «He venido con afecto incondicional a servir a estos príncipes y les he prestado un servicio como nunca se ha visto ni escuchado. Del cielo y la tierra nuevos de los que habla Nuestro Señor en el Apocalipsis de San Juan, después de anunciarlos por boca de Isaías, me hizo mensajero y me mostró el camino. Todos estaban incrédulos, pero a la reina, mi señora le dio un espíritu de inteligencia y gran fuerza, y la hizo heredera, como su querida y amada hija, de todo lo que fui a tomar posesión en su nombre real» [en *Relaciones y Cartas*, *op. cit,* p. 311]. La expresión *espíritu de inteligencia* era muy común en los círculos joaquinitas de Italia y España, cf. *Rerum Britannicarum Medii Aevi Scriptores*, 66, 68.

[21] *Libro de las Profecias*, en *Relaciones y Cartas*, *op. cit.*, p. 334: «*La señal es que Nuestro Señor da priessa en ello*», MS. original, folio 6r.

[22] *Tercer Viaje del Almirante Cristóbal Colón*, *enviada a los Reyes desde la isla Española, año de 1498*, en *Relaciones y Cartas, op. cit.,* pp. 287-288.

[23] Con respecto al simbolismo de las Columnas de Hércules, algunas explicaciones podrían encontrarse en René Guénon, *Símbolos de la Ciencia Sagrada*, Cap. 33, *Sobre los Dos San Juan;* y en El *Rey del Mundo*, Cap. 11, *Ubicación de los Centros Espirituales*.

[24] Para los significados relacionados con el Árbol de la Vida, véase no sólo *Génesis*, sino también *Apocalipsis*, 22.

[25] Esto, como veremos, es uno de los aspectos más complejos de la geografía de Dante, ya que las polaridades de los dos hemisferios, al menos en la *Divina Comedia*, no siempre se expresan en términos matemáticos y cartográficos, sino que también se nutren de la exégesis bíblica seguida por Alighieri; cf. *Inf.* XXXIV, 112-115 y comentario de Nicola Fosca.

[26] Muchos han tratado de presentar la conquista de Latinoamérica como un sacrificio genocidiario, es decir, como si por parte de la corona española hubiera habido la intención de exterminar todos los indígenas para apropiarse de sus tierras; pero esta interpretación tiene el defecto de simplificar una cuestión tan compleja como la hispanización del América del Sur más allá de todo reconocimiento; algo así pasa en P. Vignolo, *Map of Revelation: Sacrifice and Conversion in the Planisphere of Juan de la Cosa*, en «Sacrifice and Conversion in the Early Modern Atlantic World», a cargo de M. Berbera, I TATTI, Florencia, 2022, pp. 183-283; por otro lado, el ensayo de Vignolo ofrece una descripción precisa y valiosa del mapa de Juan de la Cosa.

[27] Para una interpretación histórica muy eficaz y sintética del fin del impero azteca, cf. Marcelo Gullo Omodeo, *Madre Patria*, Espasa, Edición digital, Cap. 4 *Las verdades políticamente incorrectas*, pp.141-165. A lado de una reconstrucción histórica muy bien documentada y original, Gullo propone una interpretación de los rituales de los mexicas demasiado superficial y exclusivamente política.

[28] R. Guénon, *El error espiritista,* en Parte II, Cap. IV *Las representaciones de la sobrevida*, *TdA*.

[29] Para una excelente recreación del sentido de los ritos sacrificatorios aztecas, cf. Ray Kerkhove, *¿Dark Religion? Aztec perspectives on Human Sacrifice*, en «The Dark Side», a cargo de C. Hartney y A. McGarrity, RLA Press, Sydney, 2004, pp. 136-160. Kerkhove pone en relación las fuentes cristianas [sobre todo Sahagún y Duran] con las aztecas con resultados deslumbrantes, pero nunca se plantea el problema de la posible decadencia de la ritualidad de los mexicas y de las víctimas recalcitrantes.

[30] Marcos 16, 15. El capítulo 16 del Evangelio de Marcos, sin embargo, es de dudosa autenticidad, ya que no está contenido en los manuscritos más antiguos de los Evangelios.

[31] *Libro de las Profecias*, en *Relaciones y Cartas*, *op. cit.*, p. 334; cf. *Vaticinia sive prophetie Abbatis ioachimi et anselmi episcopi* (Venecia, 1588); y C. Colombo, *Libro delle Profezie,* a cargo de y traducido por W. Melczer, Novecento, Palermo, 1992, pp. 25-36 y p. 161, notas 149-150.

[32] Joaquín de Fiore, *Sull'Apocalisse, Enchiridion super Apocalypsim*, VIII (1532-1561), traducción de A. Tagliapietra, Feltrinelli, Milán, 2008, p. 244: «La ciudad santa debe ser reconstruida con piedras nuevas y pulidas, y esto lo lograrán los hijos del exilio moderno», *TdA*.

[33] El término ni siquiera está presente en muchos diccionarios latín-italianos.

[34] F. Bacon, *Saggi*. *Del progresso della scienza*. *Nuova Atlantide*, editado y traducido al italiano por C. Ascari, Istituto Geografico De Agostini, Novara, 1966, p. 525; todas las citas de *La Nueva Atlántida* han sido traducidas al castellano por el autor de la presente obra, comparando el texto original y la traducción de Ascari.

[35] *Ivi*, p. 516.

[36] *Ivi*, p. 497.

[37] *Ibidem*, aquí está la oración por completo: «Señor, Dios del cielo y de la tierra, por tu gracia nos has permitido conocer la creación, tu obra, y sus secretos; y discernir (en cuanto le es posible al hombre) entre los milagros divinos, las obras de la naturaleza, las artísticas, y las impostoras e ilusiones de todas clases. Doy fe ante este pueblo que en lo que estamos contemplando en estos momentos se halla tu dedo, y es un verdadero milagro. Y como, según hemos aprendido en

nuestros libros, realizas milagros con vistas a un fin excelente y divino (pues las leyes de la naturaleza son tus propias leyes, y tú no las varías a no ser por un gran motivo), te suplicamos humildemente que nos sea posible interpretar este gran signo; lo cual parece que lo prometes, al enviárnoslo».

[38] *Ibidem*.

[39] *Ibidem.*

[40] Todo el episodio de la columna y la cruz de luz, *ivi*, pp. 497-498.

[41] *Ivi*, pp. 521-522.

[42] Ramón Llull, *De Secretis Naturae seu de Quinta Essentia Liber, in Tres Distinciones Divisus, omnibus iam partibus absolutus*, Ioannem Birckmannum, Colonia, 1567, pp. 11-12.

[43] En su ensayo, *Il mito dell'alchimia*, Mircea Eliade enmarca el trabajo de Bacon en el contexto del naciente rosacrucismo de principios del siglo XVII. Sin embargo, sigue siendo difícil establecer cómo el énfasis en la investigación técnica puede asociarse con las necesidades de renovación espiritual que, al menos teóricamente, deberían estar en el centro del movimiento rosacruz del siglo XVII. El erudito rumano ofrece posibles soluciones, considerando la ciencia y la tecnología modernas como un *extremismo prometeico* del *mito de la perfección y redención de la naturaleza*; casi una continuación, según él, de la búsqueda de los alquimistas medievales; cf. M. Eliade, *Il mito dell'alchimia seguito dall'Alchimia asiatica,* Bollati Boringhieri, Turín, 2001/2014, p. 29-40 [Ed. or. en rumano, 1933/1935; en francés, 1990/1992].

[44] Bacon, *La Nueva Atlántida*, *op. cit*., p. 495.

[45] Cf. M. Grodzins, E. Rabinowitch, *L'età atomica*, Il Saggiatore, Milan, 1968, p. 38.

[46] J. N. Wilford, *I signori delle mappe,* traducción al italiano de G. Lonza, Garzanti, Milano, 2018, p. 53; ed. or., *The Mapmakers*, 1981; todas las citas de Wilford son *TdA*.

[47] *Ibidem*.

[48] El pasaje de Isidoro de Sevilla sobre el anillo de fuego que rodea el Paraíso terrenal, en latino: «Cuius loci post peccatum homninis aditus interclusus est; Septus est enim undique romphea flammea, id est muro igneo accinctus, ita ut eius caelo pene iungat incendium. Cherubin quoque, id est angelorum praesidium, arcendis spiritubus malis super rompheae flagrantiam ordinatum est, ut homines flammae, angelos vero malos angeli submoveant, ne cui carni vel spiritui transgressionis aditus Paradisi pateat» [en castellano: «Después del pecado, al ser humano se le prohibió el acceso a este lugar: la entrada está, de hecho, completamente cerrada por una espada ardiente, es decir, está bloqueada por un muro de fuego tan alto que su fuego llega casi hasta el cielo. Los querubines, es decir, los centinelas angélicos, también se colocan sobre la espada incandescente: las llamas ahuyentan a los seres humanos y los ángeles buenos alejan a los ángeles malos, para que la entrada al Paraíso pueda ser cerrada tanto a la carne como al espíritu de transgresión», *TdA*]; *Etymologiae o Origines*, Vol. II, XIV, III, 3-4.

[49] Wilford, *I signori delle mappe, op. cit*., fig. 3.

[50] *Par*. III, 11-12.

[51] «Quod tractatus presens non est extra materiam materialem»; «quia inter ens mobile scilicet aquam et terram, que sunt corpora naturalia», Dante Alighieri, *Quaestio de Aqua et Terra*, XX, 60, *TdA*, aquí basada en la traducción de G. Boffito); Caroti traduce «il presente trattato si occupa exclusivamente di problemi di filosofía naturale» [«el presente tratado aborda exclusivamente problemas de filosofía natural»], en «Quaderni di Noctua», n. 4, Università di Torino, 2017, p.55. Muy interesantes los comentarios de Caroti acerca del dominio por parte de Dante del lenguaje

lógico-teórico de su época, cf. *ivi*, p.8. Como es bien sabido, la *Quaestio* ha sido envuelta en una interminable disputa sobre la atribución a Dante. En *el Comentario* a la *Comedia* (tercera edición) de Pietro Alighieri, hijo del poeta florentino, hay, sin embargo, una clara referencia a la *Quaestio* como obra de Dante. Esto debería ser suficiente para apaciguar cualquier controversia residual; cf. Pietro Alighieri, *Commentarium 3, Inf.* XXXIV, 97-128 y F. Mazzoni, *La «Quaestio de aqua et terra»*, en «Studi danteschi», 34, 1957, pp. 163-204, luego en Id., *Contributi di filologia dantesca*, I, Sansoni, Florencia, 1966, pp. 36-79.

[52] *Inf.,* XXXIV, 112-115.

[53] *Purg.* I, 22-30.

[54] En la Edad Media, el conocimiento del magnetismo relacionado con los polos norte y sur era mucho más avanzado de lo que se suele pensar; lo demuestra la *Epistola de Magnete* (1269) de Pierre Pelerin de Maricourt, también conocido como *Petrus Peregrinus*.

[55] *Par.,* IV, 40-42.

[56] Cf. *Purg.*, I, 25-27.

[57] Cf. *Quaestio de Aqua et Terra*, XIX, en particular para las relaciones y distancias entre el «polo del mundo», el «cenit del círculo equinoccial» y el «cenit del círculo zodiacal».

[58] W. L. Bevan, H. W. Phillott, *Mediæval Geography*, Alpha Editions, 2019, p. 25: «En el mapa de Hereford, el Paraíso se representa como una isla, una posición conspicua en la cabecera del mapa, o en otras palabras, en el extremo oriental del mundo habitable [...]. En el mapa de Hereford, el Paraíso se representa como una isla de forma circular, rodeada por un mundo fuerte y elevado, desde cuya cima brotan llamas», *TdA*.

[59] *Inf.* XXXIV, 121-123.

[60] Cf. *Quaestio de Aqua et Terra*, XIX.

[61] La presencia de las *Insulæ Fortunatæ* en el *Mappa mundi* de Hereford es significativa, de hecho, «una zona de islas bordea el continente africano desde el norte del Atlas hacia el este. El primero de ellos lleva la inscripción *Fortunatæ Insulæ: sex sunt: insule Sancti Brandani.* Bajo el título de *Fortunatæ Insulæ*, el geógrafo antiguo incluyó a los grupos de *Madeira* y *Canarias*, cuyo delicioso clima parecía la realización del mito del *Elíseo*, la morada de los bienaventurados. La misma asociación de ideas llevó a nuestro cartógrafo a fijarlas como el escenario del descubrimiento de San Brandán, descrito en la antigua leyenda como el '*fayrest countree eestwarde that ony man myght se, and was so cleere and bryght that it was an hevenly syght to beholde; and all the trees were charged with rype fruyte and herbes full of flowres: in whiche londe they walked XL dayes; but they could se none ende of that londe; and there was alwaye daye and never nyght; and the londe attemperate ne to hotte ne to colde*'. Se dice que San Brandán floreció a mediados del siglo VI, la fecha de su entierro en la abadía de Clonfert se sitúa en 576. La leyenda de su viaje asumió por primera vez una forma definida hacia fines del siglo XI, cuando probablemente se compuso la narración en prosa latina», desde Bevan y Phillott, *Mediæval Geography*, *op. cit.*, pp. 106-107, *TdA*.

[62] *Quaestio de Aqua et Terra*, X-XII.

[63] Wilford, *I signori delle mappe*, *op. cit.*, p. 99: «Los marineros, sin embargo, no entendieron inmediatamente el significado de la carta de Mercator o, específicamente, de su proyección [...] La mayoría de los marineros ignoraron a Mercator durante casi un siglo. Luego lo entendieron, y desde entonces se adaptaron», *TdA*.

[64] Idrisi, *La première géographie de l'Occident*, editado por H. Bresc, A. Nef, traducido por P. A. Jaubert, Flammarion, París, 1999, IV, 1, pp. 267-268: «Ils [*Al-Mugharrirûn*] atteignirent ainsi l'île des moutons, dans laquelle il y a tant de moutons qu'on ne peut les compter tous. Ils paissent sans berger et sans que personne ne les surveille. Ayant mis pied à terre dans cette île, ils y trouverènt une source d'eau courante et un figuier sauvage. Ils prirent et tuèrent quelques moutons, mais la chair en était tellement amére qu'il était impossible de s'en nourrir» [«Ellos (los Mughrarin) llegaron así a la isla de las ovejas, en la que hay tantas ovejas que no se pueden contar todas. Pastoreaban sin pastor y sin nadie que los cuidara. Después de pisar tierra en esta isla, encontraron un manantial de agua corriente y una higuera silvestre. Atraparon y mataron algunas ovejas, pero su carne era tan amarga que era imposible comerla», *TdA*]. También hay que señalar que Idrisi, la primera vez que menciona a los Mughrarins, los indica como la fuente directa de sus conocimientos acerca de las islas del Océano Atlántico, en particular fr la misteriosa y letal *Isla de los dos frailes magos*, *ivi*, p. 128 y *Géographie d'Édrisi*, Tomo I, *op. cit.*, p. 200. En la versión editada por Bresc y Nef, la palabra *Mughrarin* es transliterada a *Mugharrirûn*, mientras que en la traducción original de Jaubert, a *Maghrourin*.

[65] Anonimo del X secolo, *La navigazione di San Brandano*, editado por E. Percivaldi, Il Cerchio, Rimini, 2009, p. 96: «Et ibi mansuerunt usque in sabbatum sanctum Paschae. Preambulantes autem illam insulam invenerunt diverses turmas ovium unius coloris id est albi ita ut non possent ultra videre terram prae multitudine ovium. Convocatisque fratribus suis Sanctus Brendanus dixit illis: 'Accipite quae necessaria ad diem festum de grege». Cabe destacar que, durante siglos, el cálculo de la fecha de Pascua fue un campo de batalla entre las iglesias irlandesa y romana. Como recuerda la propia Percivaldi, de hecho: «Los irlandeses calcularon la fecha de Pascua siguiendo la tradición judía, que la sitúa en el día 14 del mes de *Nisán*, correspondiente a marzo-abril, en la práctica [...] La Pascua celta se celebraba el 25 de marzo, es decir, en el equinoccio de primavera. La Iglesia Romana, por otro lado, ya había establecido la fecha de la Pascua en el primer Concilio de Nicea (325), prohibiendo expresamente la coincidencia con la Pascua judía en oposición al judaísmo», p. 195, *TdA*.

[66] *Ivi*, p. 42: «Además de los Paraísos presentes en las diversas tradiciones, la *Terra repromissionis Sanctorum* de la *Navigatio* tiene conexiones evidentes con la vida después de la muerte celta, en particular con el irlandés *Tír na n-Oc*, *la Tierra de la Eterna Juventud*, que corresponde a los Campos Elíseos clásicos y al Valhalla germánico»; cf. A. Rees, B. Rees, *L'eredità celtica*, Mediterranee, Roma, pp. 261-271.

[67] Cf. D. Balestracci, *Terre ignote strana gente*, *Storie di viaggiatori medievali*, Laterza, Roma-Bari, 2008, pp. 314; quien a su vez cita como fuente al Anonimo [siglo IV], *Descrizione del mondo e delle sue* genti, Salerno, Roma, 2005. Plinio el Viejo, *Naturalis Historia* VI, 202-206, tuvo un gran peso en la identificación de *las Islas Afortunadas* con las Islas Canarias.

[68] «Ecce terra quam quesisti per multum tempus. Ideo statim non potuisti invenire quia Deus voluit tibi ostendere diversa sua secreta in oceano magno», en *La Navigazione di San Brandano*, *op. cit.*, pp. 182-183. El texto de la *Navigatio Sancti Brandani* aquí citado, tomado de la edición editada por Elena Percivaldi, es el Códice 14 f° 1r-IIv, conservado en la Biblioteca Municipal de Alençon y procedente de la Abadía de Saint Eurolt, Normandía.

[69] *Quaestio de Aqua et Terra*, *op. cit.*, XXI, 73, traducción basada en la italiana de S. Caroti en «Quaderni di Noctua», n. 4, Università di Torino, 2017, pp. 32 y 58; texto latino original: «Unde, cum vultus inferiores sint similes vultibus superioribus ut Ptolomeus dicit, consequens est quod,

cum iste effectus non possit reduci nisi in celum stellatum, ut visum est, quod Similitudo virtuális agentis consistat in illa regione celi que operit hanc terram detectam. Et ista terra detecta extendatur a linea equinoctiali usque ad lineam quam describit plus zodiaci circa polum mundi, ut superius dictum est, manifestum est quod virtus elevans est illis stellis que sunt in regione celi istis duobus circulis contenta, sive elevet per modum attractionis, ut magnus attrahit ferrum, sive per modum pulsionis, generando vapores pellentes, ut in particularibus montuositatibus»; cf. Ptolomeo, *Centiloquio* (1484), 48v, v. 9.

[70] Cf. Martín Lutero, *Artículos de Esmalcalda*, II, 2.

[71] *Purg*. 1, 130

[72] También sería interesante comprender mejor si la isla del Purgatorio descrita en la *Comedia*, con su ubicación de absoluta centralidad en el hemisferio de las aguas y sus siete círculos concéntricos, no podría encontrar elementos de conjunción con el simbolismo vinculado a la isla mitológica de la Atlántida.

[73] J. Bâschet, *I mondi del Medioevo, i luoghi dell'aldilà*, en *Arti e storia nel Medioevo*, I, Einaudi, Torino, 2002, p. 324, *TdA*.

[74] Véanse algunas leyendas medievales, como por ejemplo la *Visión de Alberico de Settefrati*, del siglo XII.

[75] Dante, *Convivio*, II, IV, 17.

[76] La superposición de diferentes sistemas cartográficos de los últimos siglos y la existencia de muchos *Meridiano 0* antes de la imposición del de Greenwich ocupa el centro del argumento de la novela de Arturo Pérez-Reverte, *La carta esférica*, Penguin, Barcelona, 2000/2023. Los resultados de la búsqueda cartográfica de Pérez-Reverte se pueden encontrar en particular en los últimos capítulos de la novela: XII-XVI.

[77] *De Vulgari Eloquentia*, I, VI, 3, *TdA* basada en la edición de Pietro Fraticelli; texto original: «Nos autem, cui mundus est patria velut piscibus equor, quanquam Sarnum biberimus ante dentes et Florentiam adeo diligamus ut quia dileximus exilium patiamur iniuste, rationi magis quam sensui spatulas nostri iudicii podiamus. Et quamvis ad voluptatem nostram, sive nostre sensualitatis quietem, in terris amenior locus quam Florentia non existat, revolventes et poetarum et aliorum scriptorum volumina, quibus mundus universaliter et membratim describitur, ratiocinantesque in nobis situationes varias mundi locorum et eorum habitudinem ad utrunque polum et circulum equatorem, multas esse perpendimus firmiterque censemus et magis nobiles et magis delitiosas et regiones et urbes quam Tusciam et Florentiam, unde sumus oriundus et civis, et plerasque nationes et gentes delectabiliori atque utiliori sermone uti quam Latinos».

[78] *Ivi*, I, VI, 2: «quicunque tam obscene rationis est ut locum sue nationis delitiosissimum credat esse sub sole, hic etiam pre cunctis proprium vulgare licetur, idest maternam locutionem, et per consequens credit ipsum fuisse illud quod fuit Ade».

[79] *Ivi*, I, II, 1.

[80] *Ivi*, V y VI.

[81] *Ivi*, I, VI, 5 y I, VII, 4. La posición de Dante con respecto a este punto parece haber cambiado en *Paraíso*, donde Adán revela que la lengua hebrea ya estaba 'completamente extinguida' mucho antes de la construcción de la Torre de Babel, pero en realidad lo que ahí dice el primer hombre concierne a los *mortales* y no a los Patriarcas y al mismo Adán que, en su inmortalidad, todavía tienen plena memoria del hebreo de los orígenes; cf. *Par.* XXVI, 103-142. También se pueden encontrar rastros de esta concepción del hebreo como un idioma inmortal en Mateo 5,18.

[82] *Ibidem*; texto original: «igitur angeli ad pandendas gloriosas eorum conceptiones habeant promptissimam atque ineffabilem sufficientiam intellectus, qua vel alter alteri totaliter innotescit per se, vel saltim per illud fulgentissimum Speculum in quo cuncti representantur pulcerrimi atque avidissimi speculantur, nullo signo locutionis indiguisse videntur».

[83]*Ivi*, I, VI, 5-6; texto original: «Hac forma locutionis locutus est Adam; hac forma locutionis locuti sunt omnes posteri eius usque ad edificationem turris Babel, que turris confusionis interpretatur; hanc formam locutionis hereditati sunt filii Heber, qui ab eo dicti sunt Hebrei. Hiis solis post onfusionem remansit, ut Redemptor noster, qui ex illis oriturus erat secundum humanitatem, non lingua confusionis, sed gratie frueretur». La descripción que hace Dante del lenguaje primordial no se limita a este pasaje, sino que ocupa grandes extensiones de *ibidem*, Lib. I, caps. IV-VI.

[84] A este respecto, véase un pasaje muy relevante de Joaquín de Fiore, en *Sull'Apocalisse*, *Enchiridion super Apocalypsim*, *op. cit.*, II, pp. 139-143.

[85] *De vulgari eloquentia*, I, VII, 7.

[86] *Ivi*, II, VII, 3; texto original: «Intuearis ergo, lector, actente quantum ad exaceranda egregia verba te cribrare oportet» [«Observa, pues, oh lector, y cuidadosamente qué trabajo de cribado necesitas hacer para separar las palabras excelentes de las que deben ser descartadas», *TdA*].

[87] *Ivi*, I, XVI, 1; texto original: «Postquam venati saltus et pascua sumus Ytalie, nec pantheram quam sequimur adinvenimus, ut ipsam reperire possimus rationabilius investigemus de illa ut, solerti studio, redolentem ubique et necubi apparentem nostris penitus irretiamus tenticulis». [«Después de haber cazado a través de las montañas boscosas y los pastos de Italia y no hemos encontrado la pantera que cazamos, para encontrarla continuamos la búsqueda con medios más racionales, de modo que aplicándonos con compromiso, podamos atrapar totalmente con nuestras trampas a la criatura que hace sentir su olor en todas partes y no se manifiesta en ninguna parte», *TdA*].

[88] Soneto *Tanto gentile e tanto onesta pare* [«Tan gentil, tan honesta en su pasar»], *Vida nueva*, XXVI.

[89] *Ivi*, I, V, 1: «(...) rationabiliter dicimus ipsum loquentem primum, mox postquam afflatus est ab animante Virtute, incunctanter fuisse locutum».

[90] *Ivi*, II, VII, 5: «Et pexa vocamus illa que, trisílaba vel vicinissima trisillabitati, sine aspiratione, sine accentu acuto vel circumflexo, sine z vel x duplicibus, sine duarum liquidarum geminatione vel positione immediate post mutam, dolata quasi, loquentem quadam suavitate relinquunt: ut *amore*, *donna*, *disio*, *virtute*, *donare*, *letitia*, *salute*, *securtate*, *defesa*».

[91] *Par*., Cantos I-V.

[92] *Ivi*, Cantos VI-VII.

[93] Las obras de Dante a menudo ofrecen enseñanzas extraídas de las matemáticas pitagóricas para las que los números no son meras cantidades, sino que tienen un alto valor simbólico en sí mismos. De *Vulgari Eloquentia* no es una excepción en este sentido, de hecho, en el curso de una profunda reflexión sobre las jerarquías que envuelven todo el acontecimiento, Dante ahí dice: «(...) et simplicissima quantitas, quod est unum, in impari numero redolet magis quam in pari» o «(...) y la cantidad más simple, la unidad, se hace sentir más en los números impares que en los pares» (I, XVI, 5).

[94] *Par.*, Canti VIII-IX; en IX, 118-120, leemos «A nuestro cielo, en que la sombra acaba/ de vuestro mundo, aún antes que alma alguna/ por el triunfo de Cristo, fue subida»; palabras del trovador Folchetto da Marseilles dirigidas al mismo Dante.

[95] Cf. R. Stevenson, *Greenwich Meanings: Clocks and Things in Modernist and Postmodernist Fiction* in «Philologia Hispalensis», 13, fasc. 2, 1999, pp. 205-218. La expresión 'sistematización rigurosa del espacio y el tiempo' es utilizada por Stevenson en relación con las novelas de Joseph Conrad. Conrad, como veremos más adelante, fue uno de los intérpretes más profundos e inquietos de la revolución cronológica que giraba en torno a Greenwich.

[96] J. Conrad, *The Shadow-Line*, *A confession*, [Ed. or. 1917], Doubleday, Page, New York, 1917, p.95, *TdA*.

[97] *Ivi*, p. 3, *TdA*.

[98] M. Amari; G. Schiaparelli, *L'Italia descritta nel 'Libro del Re Ruggero' compilato da Edrisi,* en «Atti della Reale Accademia dei Lincei», serie II, vol. VIII, 1876-77, p. 10. Compárese con la versión francesa de Pierre Amédée Jaubert: «La partie habitable de la terre a été divisée par les savants en sept climats, don't chacun s'étend de ouest en est, parallèllement à l'équinoxe et suit de lignes qui ne sont pas naturelles, mais délimitées et établies grâce aux connaissances des astronomes», en Idrīsī, *La première géographie de l'Occident*, *op. cit.*, *Prólogo*, pp. 63-64 y en *Géographie de Édrisi*, Tomo I, *op. cit.*, *Prolégomènes*, p. 3.

[99] Los diálogos de *El agente secreto* citados, todos *TdA*; texto original en J. Conrad, *The Secret Agent*, *A simple tale*, Tauchnitz, Leipzig, 1907, pp. 34-35 y 37.

[100] Cf. A. Pérez-Reverte, *La carta esférica, op. cit,* Capp. XII-XVI.

[101] La reflexión de Conrad sobre el sistema cronológico de Greenwich es uno de los temas centrales de Stevenson, *Greenwich Meanings*, *op. cit.*; Stevenson ha subrayado cómo las imágenes de gran parte de la ficción de los siglos XIX y XX han sido fuertemente influenciadas por la nueva concepción temporal basada en el meridiano 0, de hecho, «la temporalidad narrativa es uno de los principales canales a través de los cuales la historia da forma a la imaginación y la forma literarias», *ivi*, p. 216.

[102] T. S. Eliot, *La tierra baldía* [*The Waste Land, Ed. or.*, 1922], *The Fire Sermon,* vv. 266-276, *TdA*.

[103] *Ivi*, *The Burial of the Dead*, vv. 19-24, *TdA*.

[104] Idrisi, *La première géographie de l'Occident*, *op. cit.*, VI, 2, pp. 420-421, *TdA*.

[105] W. Blake, *Jerusalem* (1804), vv. 5-8.

BIBLIOGRAFÍA ESENCIAL

Los ensayos del que consta esta obra fueron originalmente escritos en italiano. Por consiguiente, muchas de las obras citadas son en esa lengua. Hay que añadir que muchas de las citas han sido traducidas por el autor, por tanto, no están incluidas en esta bibliografía, así como los clásicos o las obras mencionadas o consultadas cuyo texto no ha sido directamente citado.
Las traducciones por el autor están todas señaladas en las notas con el acrónimo *TdA*.

Anonimo [siglo IV], *Descrizione del mondo e delle sue* genti, Salerno, Roma, 2005.

Anonimo [siglo X], *La navigazione di San Brandano*, editado por E. Percivaldi, Il Cerchio, Rimini, 2009.

Bacon, F., *Saggi*. *Del progresso della scienza. Nuova Atlantide*, editado y traducido al italiano por C. Ascari, Istituto Geografico De Agostini, Novara, 1966.

Bâschet, J., *I mondi del Medioevo, i luoghi dell'aldilà*, en *Arti e storia nel Medioevo*, I, Einaudi, Torino, 2002.

Bevan, W. L., H. W. Phillott, *Mediæval Geography*, Alpha Editions, 2019.

Colón, Cristóbal, *Libro delle Profezie,* a cargo de y traducido por W. Melczer, Novecento, Palermo, 1992;

— *Relaciones y Cartas de Cristóbal Colón*, Biblioteca Clásica, Tomo 164, Biblioteca de la Viuda de Hernando y C[a], 1892;
— *I diari di bordo*, Edizioni Studio Tesi, Pordenone, 1992; en esta, no se habla simplemente de *conquista de Jerusalén*, sino de «Santa crociata».

Colombo, F., *Le Historie di Cristoforo Colombo scritti dal figlio Fernando,* Massari, Bolsena VT, 2006.

Conrad, J., *The Secret Agent*, *A simple tale*, Tauchnitz, Leipzig, 1907;

— *The Shadow-Line*, *A confession*, [Ed. or. 1917], Doubleday, Page, New York, 1917.

Eliade, Mircea, contenidas en *The Sacred and the Profane: The Nature of Religion,* Harcourt, San Diego, CA, 1987.

Gioacchino da Fiore, *Sull'Apocalisse, Enchiridion super Apocalypsim*, VIII (1532-1561), traducción de A. Tagliapietra, Feltrinelli, Milán, 2008.

Grodzins, M.; Rabinowitch, E., *L'età atomica*, Il Saggiatore, Milan, 1968

Idrisi, *La première géographie de l'Occident*, a cargo de Henri Bresc y Annliese Nef, traducido parcialmente por Pierre Amédée Jaubert Flammarion, París, 1999

— *Géographie d'Édrisi*, Tomo II, Chez Arthus Bertrand, Libraire de la Société de Géographie, París, 1840

Mazzoni, F., *La «Quaestio de aqua et terra»*, en «Studi danteschi», 34, 1957, pp. 163-204, luego en Id., *Contributi di filologia dantesca*, I, Sansoni, Florencia, 1966.

Novalis, *Inni alla notte, Canti spirituali*, Feltrinelli, Milano, 2012/2024, V, p. 77 [Ed. or. 1797-1800].

Pérez-Reverte, A., *La carta esférica*, Penguin, Barcelona, 2000/2023.

Wilford, J. N., *I signori delle mappe,* traducción al italiano de G. Lonza, Garzanti, Milano, 2018.

Artículos

Amari, M.; Schiaparelli, G., *L'Italia descritta nel 'Libro del Re Ruggero' compilato da Edrisi,* en «Atti della Reale Accademia dei Lincei», serie II, vol. VIII, 1876-77.

Vignolo, P., *Map of Revelation: Sacrifice and Conversion in the Planisphere of Juan de la Cosa*, en «Sacrifice and Conversion in the Early Modern Atlantic World», a cargo de M. Berbera, I TATTI, Florencia, 2022.

Stevenson, R., *Greenwich Meanings: Clocks and Things in Modernist and Postmodernist Fiction* in «Philologia Hispalensis», 13, fasc. 2, 1999.

Kerkhove, R., *Dark Religion? Aztec perspectives on Human Sacrifice*, en «The Dark Side», a cargo de C. Hartney y A. McGarrity, RLA Press, Sydney, 2004.

Manuscritos antiguos

Colón, Cristóbal, *Libro de Profecías*, Ms. or. Biblioteca Capitular y Colombina, Catedral de Sevilla, 1504.

Llull, Ramon, *Quaestiones solubiles secundum processum artis inventivae et demonstativae*, mss. 3366, Biblioteca Nacional de España.

— *De Secretis Naturae seu de Quinta Essentia Liber, in Tres Distinciones Divisus, omnibus iam partibus absolutus*, Ioannem Birckmannum, Colonia, 1567.